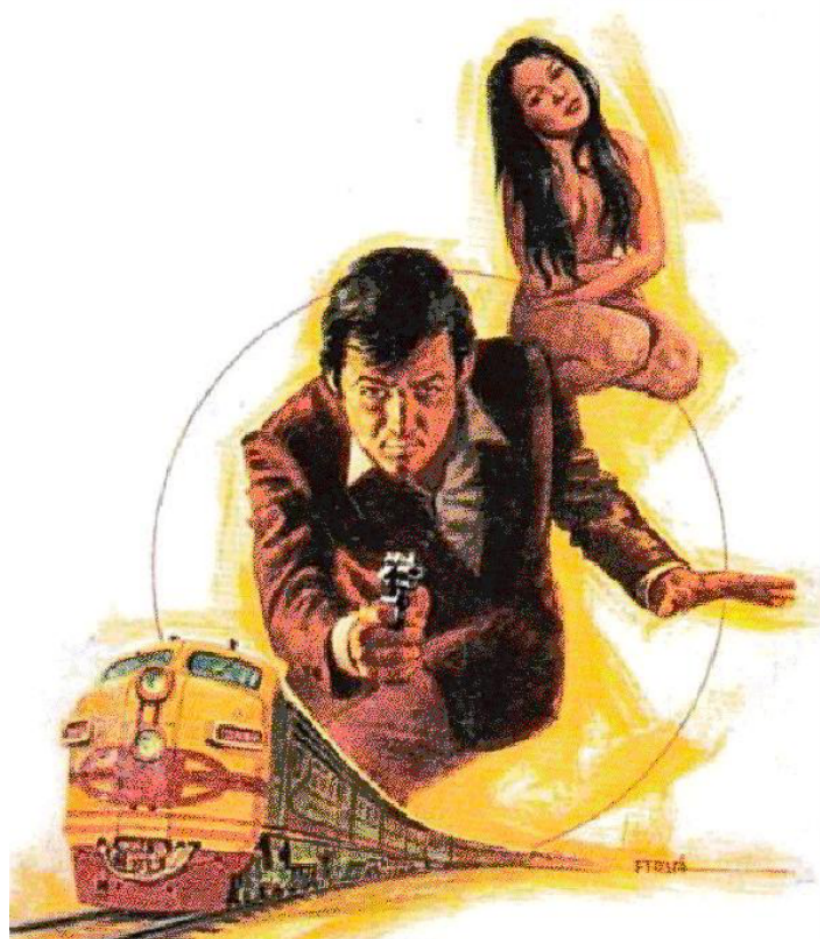


BOULEVARD BRUGUE RA
PUNTO
ROJO

peligro para un hombre solo

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

PELIGRO PARA UN HOMBRE SOLO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 777
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 168 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1977

© Vic Logan - 1977

texto

© Salvador Fabá - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.382. — El asesinato del profesor Lesgard.

En Colección PUNTO ROJO:

768. — A través de la ventana.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888. — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

863. — Siembra de violencia.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

877. — La muerte visita Wyoming.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

244. — La cañada del lobo.

En Colección MUJERES MARCADAS:

330.— ...Es mi hermana.

CAPÍTULO PRIMERO

Irwing Kelly siguiendo con su inveterada costumbre anotó en su libreta de cubiertas rojas:

«Mañana día 11 de octubre me caso. Ha llegado el momento de sentar la cabeza. No más mujeres. Una sola... Laura...»

No pudo terminar porque la rubia le aprisionó materialmente con sus brazos y acercándole los labios murmuró con voz azucarada:

—Deja eso ahora, cariño. Me tienes a tu lado. Y deseo tanto que me mimes.

—¿Eres insaciable, eh, Lee? —sonrió él aproximándola más aún.

—Me gusta estar contigo, sentir tus besos y el calor de tu cuerpo.

—Sí, cielo. Pero recuérdalo. Es mi última noche.

—¡Oh, Irwing! ¿Por qué demonios te casas? Tú no has nacido para atarte a nadie.

—Me decido simplemente porque amo a Laura.

—¿Y ya no nos veremos más?

—Se acabaron los devaneos...

—Apuesto a que me echarás de menos.

—Tal vez, tal vez...

—¿Lo ves? Tú mismo lo confiesas.

—Yo digo solamente tal vez. Y deja ya de hablar. Mañana será mañana y hoy todavía es hoy. No falto a Laura por estar contigo.

—Está bien. No pensemos, cariño. La noche es joven, disfrutemos...

Y esa noche Irwing Kelly enterró su soltería en brazos de la inefable Lee. Un auténtico torbellino para el amor. Una de esas mujeres que han nacido para hacer felices a muchos hombres.

Pero a las ocho de la mañana Irwing ya estaba en la ducha intentando reponer fuerzas para lo cual contaba con su

extraordinario poder de recuperación.

A las nueve despedía a Lee de su estudio de soltero, y a las diez en punto estaba delante del juez de paz.

—Sí quiero —pronunció consciente de lo que hacía.

El primer beso de casado dado a Laura arrancó varios suspiros de las exasperantes a convertirse en la señora de Kelly.

Pero ya no había nada que hacer. Laura Hunter lo había pescado.

A las 11,45 un avión les llevaba rumbo a París.

Irwing era un hombre ordenado. Lo había previsto todo de antemano y por eso ya le aguardaba el coche que había contratado a través de la agencia.

—¿Es muy lejos? —preguntó ella.

—Tardaremos menos de una hora.

—¿Por qué no nos quedamos en un hotel?

—He alquilado una villa. Es más tranquilo. Quiero estar a tu lado una semana entera sin moverme para nada. Comer, beber y amar. Una semana, ¿eh? Luego ya visitaremos París. E iremos a la Costa Azul si quieres. Me he tomado todo un mes de vacaciones. Me las debía a mí mismo.

Treinta minutos más tarde Irwing conducía por la carretera de Orleáns.

Laura tenía que hacer grandes esfuerzos por mantenerse despierta puesto que en el avión no había conseguido pegar un ojo.

También Irwing se sentía cansado. La noche anterior, el largo viaje, pero resistía bien.

Sin embargo los reflejos no le obedecían. Trató de adelantar al vehículo que venía delante. Vio venir al otro. Trató de esquivarlo pero...

El accidente fue inevitable.

A las 13,15 hora de París, Irwing entraba en el hospital. Allí terminaba una luna de miel que todavía no había empezado.

CAPÍTULO II

—Sí, señorita. Está grave. Muy grave. De todos modos no hay que perder la esperanza.

Usted tuvo suerte. Ni un rasguño.

Laura estaba anonadada. Todavía no podía explicarse lo ocurrido.

Eran las nueve de la noche en París y ni siquiera sentía la menor molestia y en cambio él. —Irwing— el hombre que iba a hacerla la mujer más dichosa del mundo se estaba debatiendo entre la vida y la muerte.

—Me quedaré aquí. Quiero estar a su lado —se propuso.

Eso no resolverá nada. Está inconsciente. Puede que su estado se prolongue.

—Mi deber es estar a su lado —insistió ella.

Al día siguiente llegó a París y al hospital la madre de Laura. Era toda su única familia. Y la buena mujer trató de consolarla como pudo.

Al cabo de una semana Irwing seguía en el mismo estado.

—Hija, comprendo que quieras estar a su lado —murmuró su madre, pero ya ves como está. Los médicos dicen que esto puede prolongarse indefinidamente... Ni siquiera puedes hablar con él. Estando aquí te martirizas a ti misma inútilmente...

Durante la semana siguiente desfilaron algunos altos cargos de la compañía. Entre ellos Jack Bennet, que era quien ocupaba el cargo de Irwing. Y el que lo seguiría ocupando.

Bennet era ambicioso pero sabía ocultarlo.

—Una desgracia. Una gran desgracia —fue lo que dijo, pero era muy diferente lo que pensaba.

Logan eran otro aspirante al cargo. Jud Logan, joven e inteligente que sentía una gran admiración por Laura, en los tiempos que ésta fue su secretaria, puesto en el que la conoció

Irwing.

Ambos hablaron con ella.

—Creo que Bennet tiene razón. Deberías regresar. Aquí no puedes hacer nada —dijo Logan.

—Nosotros nos ocuparemos de todo. Estaremos en contacto directo con el hospital.

—Cuando haya alguna novedad la avisaremos —terció Bennet.

Entre todos lograron convencerla y Laura regresó a Estados Unidos con su madre.

A los cuarenta y cinco días de ocurrir el accidente, se produjo el milagro: Irwing Kelly salía del hospital.

—No, querida. No quiero que vengas expresamente a buscarme —le habló él por teléfono a Laura—. De todos modos todavía no estoy en condiciones óptimas para realizar nuestra luna de miel, pero deseo volver a Estados Unidos. Necesitaré descansar una temporada. Ya he decidido dónde.

El día 30 de noviembre, Irwing Kelly, su esposa y Jud Logan emprendían vuelo hacia Nevada.

Tomaron tierra en Las Vegas y posteriormente un automóvil les llevó a una pequeña villa que parecía extraída de una vieja película de indios y vaqueros.

El lugar se llamaba Shermont y las casas conservaban el tipismo de la época de los pioneros. Construcciones de madera, el salón, la torre de la iglesia...

La diferencia era obvia. Porque ahora las polvorientas calles se hallaban magníficamente pavimentadas y los modernos automóviles habían sustituido a los otrora imprescindibles caballos.

Además, la pequeña ciudad disponía de una magnífica iluminación eléctrica y los establecimientos ostentaban llamativos luminosos.

—Esto va cogiendo auge —manifestó Logan en el momento en que pasaban ante el anuncio de «*Marketing* Publicidad»—. Tuviste un acierto en abrir esa agencia. Con una propaganda adecuada esto se multiplicará en poco tiempo. Estamos en tratos con una constructora. Es propietaria de mucho terreno, pero necesita asociarse con alguien. Hemos sostenido conversaciones, pero esperábamos que tú diceses el visto bueno... Claro que de momento no hay prisa.

—Voy a necesitar un poco de entreno para entrar en acción — repuso Irwing que observaba satisfecho todo cuanto desfilaba delante de sí a través de los cristales del automóvil que conducía Logan.

—Es natural. De todos modos si te ves con ánimos, mañana te acompañaré a la agencia. Tú no conoces todavía al personal. De momento no es muy numeroso. Son cuatro empleados. Tres hombres y Carol, una mujer joven, pero muy inteligente.

—Sí, creo recordar que me lo dijiste. ¿Y la casa?

—Ya la verás. Es bastante grande, como a ti te gusta. De momento la he alquilado con opción a compra.

—Me gusta esto, Logan. Has tenido una buena idea. Podré compaginar el descanso con el trabajo.

—No pienses en el trabajo aún. Tómate el tiempo que necesites. Yo me alojaré en el hotel en cuanto te haya dejado en la casa. Pensaba pasarme un par de días aquí.

—¡Ni hablar de hoteles! Tú te quedas en casa. Si es grande como dices habrá habitaciones de sobra.

Logan cambió una mirada con la esposa de Irwing. Y ésta corroboró las palabras de su marido.

—Irwing tiene razón. Debes quedarte en casa, Jud.

—Has hecho mucho por mí, amigo. Nunca lo olvidaré —repuso el convaleciente.

Logan, a través del retrovisor, volvió a cambiar una mirada con Laura. Ella bajó la cabeza.

CAPÍTULO III

Un año más tarde... San Francisco.

El luminoso de *Marketing* Publicidad brillaba sobre el edificio en cuya primera planta la empresa tenía una de sus agencias.

Desde la vía férrea, a un kilómetro de distancia, podía verse la cúpula del edificio.

Un expreso cruzó raudo y la luz de las ventanillas descubrieron la presencia de un cuerpo humano destrozado.

El cadáver estaba en otra de las vías y sin duda fue alcanzado por un tren.

Un vagabundo hizo el macabroso descubrimiento y minutos más tarde un despliegue de policías hacía acto de presencia en el lugar.

A simple vista parecía un asunto rutinario. Al menos así lo pensó el teniente Doyle.

El muerto carecía de documentación ni señas donde avisar, lo único y casi inverosímil que Doyle encontró fue un molar. Un simple diente postizo.

Alguien podría pensar que se trataba de una pura chiripa, pero quien conociera al teniente Doyle no se le ocurriría tal cosa. El oficial tenía una vista de lince. Nada pasaba inadvertido a sus ojos.

Lo único identificable —murmuró—, es una cicatriz en la pierna izquierda. En la parte exterior del muslo. ¡Ah!, y una peca en la cintura del tamaño de una cabeza de alfiler.

El capitán Corcoran apenas le prestaba atención.

—No pierda tiempo en este asunto, Doyle. Le necesito para algo más urgente. Cuando alguien denuncie la desaparición de ese hombre conoceremos más datos.

—¿Quiere echarle un vistazo? —inquirió Doyle.

—¿Para qué?

—Está en el depósito. Usted tiene que ir de todos modos para ver a Facetti.

—Es verdad, vamos —repuso Corcoran—. ¡Ah! Y prepáreme el informe del asunto Simmons. Mañana tengo que ir a Los Ángeles.

Corcoran siguió hablando de diversos asuntos, más de los que humanamente podía atender la policía.

Llegaron al depósito y el capitán echó una ojeada rutinaria al cadáver, del que había sido atropellado por el tren.

—De treinta a treinta y cinco años. ¿No?

—Sí, capitán, más o menos como usted.

—Hum. Que le hagan la autopsia —ordenó Corcoran y siguió para identificar a otro cadáver.

Todo parecía pura rutina. Viendo actuar a la policía siempre parece que predomine la rutina, pero no todo es lo que aparenta. Se necesita ser profesional para comprenderlo, y Corcoran era muy profesional.

El atareado capitán Corcoran despacho ciertos asuntos oficiales con sus colegas de los Ángeles y se tomó un asueto. Tenía buenos amigos en esa ciudad. Los Kelly.

Almorzó con ellos.

—Deberías venir más a menudo —sugirió Laura, en la sobremesa.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos, Bill? —preguntó Irwing.

—Pues ya va por un año. Fue cuando regresaste. Después del accidente. ¡Buen principio de luna de miel!

—No me lo recuerdes.

—Tú pasaste una temporada en Nevada. Luego, al regreso, diste la fiesta y yo pude escaparme para venir a darte un abrazo y mi enhorabuena por tu segundo nacimiento...

Porque en realidad volviste a nacer.

—Eso dicen. Yo no me enteré de nada —sonrió Irwing.

—Mala hierba nunca muere. Sigues estando en forma, ¿eh? Aún recuerdo aquellos tiempos en la Universidad.

—¡Es verdad!

—Tú y yo formábamos, el mejor tándem en el equipo.

—Cierto. Corcoran y Kelly. Creo que no te lo he contado nunca, nena.

—Pues deberías contárselo —repuso el policía y mirando a Laura añadió—: Sobre todo él era el auténtico ídolo en lo que al

sexo femenino se refiere. Es lógico. El tan guapo y yo salí con esta cara...

—Por eso te has hecho policía, para asustar a la gente.

—No me hables de mi oficio. Cada día se pone peor. Prefiero recordar los buenos tiempos... Sin ir más lejos anoche un tipo al que atropellaron me recordó a ti. Por la cicatriz.

—¿Qué cicatriz?

—¡La de la pierna, hombre! Te dieron una buena coz. La sangre te salía a chorros.

Tenías el muslo como si te lo hubieran abierto con un cuchillo. Diez puntos de sutura.

—Es verdad. Aún la conservo.

—Bueno, amigos, yo lo siento pero tengo que largarme. El maldito deber me llama.

—No gruñas, Bill —sonrió Irwing—. Tú estás casado con el deber. Es tu auténtica esposa, no sabrías vivir sin ella.

—Puede que tengas razón.

El policía se despidió del matrimonio y Laura, al quedarse a solas con su marido, murmuró:

—¿Te ocurre algo?

—No, querida. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Te he notado algo raro... Parecía como si no te alegrase ver a Bill.

—No es eso...

—¿Hice mal en invitarle?

—Claro que no. Es agradable ver a los viejos amigos. Lo que ocurre es que tengo un montón de trabajo, problemas... Ya sabes, todo pasa por mis manos.

—Trabajas demasiado. Beberías tomarte unas vacaciones.

—¿Crees que he perdido facultades?

—Yo no digo eso, amor —y Laura se acercó esperando un beso. El la tomó con fuerza y la estrechó contra sí.

—Anoche viraste muy cansado. ¿Tuviste problemas en San Francisco?

—No, no. Bueno, lo normal. Tengo que dejarte ahora.

—¿Te vas tan temprano?

—Sí, pero... volveré pronto. ¿Sabes? Tienes razón en lo de que debería tomarme un descanso. Pensaba que me convendría pasar un

par de semanas en... Shermont. —¡Oh, querido!— ella rió feliz, muy feliz como si el lugar le trajera los mejores recuerdos.

—Supuse que te gustaría.

—¿Lo haces por mí?

—Por los dos.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Laura resuelta.

—Mañana. Encárgate tú misma de los billetes del avión. Saldremos a primera hora de la tarde. O si no antes. Despacharé los asuntos más urgentes tan sólo. Entérate de la salida de los aviones y elige uno antes de las once.

—¿Cogemos el de siempre...?

—Como tú desees.

—El de nuestras escapadas —rememoró ella. Irwing asintió.

CAPÍTULO IV

—¿Algo no va bien? —preguntó Logan.

Irwing, sentado tras la mesa de su despacho, miró alternativamente a los tres hombres que tenía ante sí. Logan, Bennet y Bondy.

—No ocurre nada. Simplemente quiero descansar unos días que aprovecharé para ver cómo van las cosas en nuestra agencia de Shermont. ¿Hay algo malo en ello?

—Claro que no —sonrió Bennet.

—Ahora soy quien pregunta. ¿Algo no va bien?

Bondy adujo:

—Está el asunto de la financiera, y la revisión del plan de lanzamiento de la MacEvoy.

—Me llevaré el *dossier* y lo estudiaré con calma —repuso Irwing.

—Al mismo tiempo puedes estudiar la nueva oferta de la constructora para los terrenos del Sur de Shermont. Los técnicos ya los inspeccionaron. Es un buen sitio.

—Me gustará echarles un vistazo personalmente.

—¿Quieres que alguien te acompañe? —inquirió Bennet.

—En absoluto. Bennet sonrió.

—¿Por qué no dices claramente que quieres celebrar el primer aniversario de tu luna de miel?

—Has dado justo en el clavo —y Irwing guiñó un ojo.

La reunión había terminado. Logan quedó el último y en voz baja dijo a su jefe.

—Antes de que te vayas quiero hablar contigo.

—No tengo mucho tiempo.

Los otros se habían alejado. Logan cerró la puerta y masculló.

—¿Quieres decirme lo que te propones?

—Ya lo has oído, Logan, pasar unos días de descanso... Y

estudiar esas cosas pendientes.

—No hay nada que estudiar. Todo está perfectamente. ¿O no?

—Todavía no he dicho mi última palabra...

—Está bien. Ya hablaremos de esto.

—De acuerdo, Jud. A mi vuelta.

—Me gustaría que fuera antes.

—Lo siento, es imposible. Laura me espera en el aeropuerto a las once treinta y voy a llegar tarde.

Una llamada interrumpió la conversación.

—Su esposa —dijo la secretaria a través del megáfono.

—¿Alguna novedad, Laura?

—Un pequeño contratiempo. Nuestro avión estaba completo. No hay plazas libres hasta las tres.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Ven a casa directamente. Aunque no podamos irnos en seguida, no tardes.

—Descuida, querida. Iba a salir ahora mismo.

—Por eso te he llamado.

—Hasta pronto.

Colgó, tomó su sombrero y agitó la mano al pasar junto a Logan a quien dedicó un:

—Bye, bye...

Jud Logan quedó visiblemente contrariado. En el automóvil que conducía con destino a su casa, Irwing cambió la expresión. Instintivamente se pasó la mano por la nuca como si quisiera aliviarse de un repentino dolor de cabeza. Luego trató de recobrarse. Cuando abrazó a su mujer parecía ser el hombre más feliz del mundo.

Laura había preparado tan sólo unos bocadillos y se excusó por ello.

—No te preocupes. No tengo mucho apetito.

—He sacado de la bodega tu vino preferido —repuso ella y escanció el caldo en un par de copas.

Irwing observó la transparencia del vino. Levantó su copa en mudo brindis y olfateó el aroma.

—Excelente —murmuró, y bebió paladeando como un entendido.

Tras un silencio, Laura preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Pues muy bien. ¿Es que no tengo buen aspecto?

—Sí, pero anoche no nos dormimos hasta bastante tarde — recordó ella.

—Humm... ¿Crees que... me excedí?

—Me gusta que me hagas el amor, Irwing. Ya lo sabes. Pero tú...

—¿Yo qué?

—Después del accidente...

—El accidente —se apresuró a cortar él— no mermó mis facultades.

—No, desde luego.

—Voy a beber un poco más de vino —y él mismo llenó otra vez los vasos. Después de brindar Laura preparó café.

El capitán Bill Corcoran releyó el informe de la autopsia practicada en el cadáver del hombre atropellado por el tren. Lo dejó sobre la mesa y tomó el teléfono. Marcó el número de la casa de los Kelly. Laura tomó el auricular y llamó a su marido.

—Es para ti, Irwing. De San Francisco. Es Bill Corcoran.

—¿Bill? ¿Qué querrá ahora?

Lo supo en cuanto se puso al habla.

—Ya sé que tu tiempo es oro, Irwing. Pero deberías hacerme un favor. ¿Recuerdas que te habló de un tipo que había sido atropellado por el tren?

—Sí, creo que sí.

—Veras... He recibido el informe de la autopsia y le estoy dando vueltas a una posibilidad, tú podrías ayudarme.

—¿Yo? Pero cómo quieres que yo pueda ayudarte.

—Escucha, Irwing..., no podrías comprenderlo, pero es el olfato. Para hacer mi trabajo hay que tener olfato.

—Pues olfatea cuánto quieras, pero no me pidas ayuda en algo que no sea de mi especialidad.

—Espera, espera... ¿Recuerdas a Aldo Meredith?

—¿Meredith, el de nuestro curso?

—Sí. También jugaba al *rugby*.

—Sí, por supuesto.

—Y a él también le lesionaron. Recuerdo que también tenía una

cicatriz.

—¡Oh, Bill! Sé por dónde vas. ¿Pretendes que identifique a ese hombre? Tú puedes recordarle tanto como yo.

—No se puede identificar por el rostro —respondió Corcoran desde el otro lado del hilo.

—Entonces...

—Aldo Meredith tenía una lesión cardíaca. Eso yo lo recuerdo. Le prohibieron que jugara precisamente por eso. Posteriormente estuvo bastante enfermo del corazón. Pues bien, el muerto de la vía férrea también tenía una lesión cardíaca. El forense insinúa la posibilidad de que hubiese muerto antes de que le atropellara el tren.

—Bill, hay cientos de hombres con cicatrices en las piernas y que padecen enfermedades del corazón. Todos estamos enfermos del corazón en esta época de *stress*.

La voz de Corcoran sonó ronca, suplicante.

—Irwing. Aldo era muy amigo nuestro. Y además tú conocías muy bien a su hermana... La he llamado esta mañana. He fingido hacerlo por pura casualidad. He preguntado por Aldo y me ha dicho que hace algún tiempo que no sabe nada de él y que sufre mucho pensando en que haya podido ocurrirle algo malo. Me confesó que la enfermedad se le había agravado y comenzó a beber a escondidas... Irwing, tú sabes que yo no soy un sentimental, pero se trata de un amigo.

—De acuerdo. ¿Qué puedo hacer yo?

—Venir aquí. Quizá puedas ayudarme. Si es Aldo me gustaría que me acompañaras a casa de su hermana. Ella lo agradecerá.

Tras una ligera pausa, Irwing refunfuñó:

—Dentro de una hora tengo que tomar el avión... has llamado en mal momento.

—¿No puedes aplazar tu viaje por unas horas? Dondequiera que vayas puedes tomar el avión en Frisco.

—¿Qué pasa? —intervino Laura, y su marido, tapando el auricular con la mano libre, explicó:

—Quiere que vaya a Frisco. Se está poniendo pesado. Piensa que han atropellado a un amigo nuestro.

—Entonces debes ir...

—Pero, Laura...

—Iré contigo también. Podremos tomar el avión en Frisco.

Y Corcoran, al otro lado del hilo, insistía.

—Te esperaré con un coche si quieres. Te aseguro que sólo serán unos minutos. Te pagaré el avión...

Total, Irwing ya no vio el modo de negarse.

Fueron bastante más que unos minutos.

Corcoran había tenido que ausentarse y hasta poco antes de las seis, Irwing no pudo hallarse frente al cuerpo de su probable compañero de Universidad.

Laura, que poco antes había ido al lavabo, esperaba a su marido a la salida del depósito.

Irwing miró con cierto reparo aquel cuerpo mutilado y no supo aportar mucha luz.

—Tal vez podría tratarse de Aldo. No lo sé. No puedo estar seguro.

—Hay un modo de saberlo. He hecho que le saquen unas radiografías. Las comprobaré con las que posee su hermana. Será como comparar dos retratos.

—Supongo que para esto no me necesitarás a mí.

—No, no. De momento, no. En fin, ya te he robado demasiado tiempo. Haré que te acompañen al aeropuerto. Siento que llegues tarde a tu destino.

—Ahora ya no importa.

—Bueno, ¿te apetece un trago? Después de ver esto... La verdad es que no es agradable, pero uno ya está acostumbrado.

Momentos más tarde bebían en el despacho de Corcoran, quien deseó a la pareja unas felices vacaciones.

Seguidamente un coche de la policía los dejó en el aeropuerto y por fin pudieron subir al avión.

Como siempre, Irwing había dispuesto que le tuvieran preparado un automóvil para que al llegar a Las Vegas pudiera trasladarse a Shermont, que distaba 130 kilómetros de aquella ciudad.

Antes de la medianoche los Kelly habían llegado a su confortable villa de Shermont.

Tampoco era una novedad que Irwing sintiera cierto malestar en la cabeza, sobre todo en la parte de la nuca. No obstante buscó a su mujer y expresó su deseo de hacerle el amor.

—Estamos muy cansados, cariño. ¿No te parece?

El se estaba duchando. Laura añadió de forma suplicante.

—Me encuentro algo mareada.

—Lo comprendo. ¿Te vas a duchar?

—No. Estoy muerta de sueño.

A las doce y media ambos dormían profundamente. El reloj calendario señalaba el día 2 de noviembre.

Lo primero que escuchó Irwing al despertarse fue la voz de su esposa que estaba hablando con alguien.

—Mire, doctor. Se está despertando.

Y una voz varonil replicó.

—Sí. Parece que ha habido suerte.

Irwing abrió los ojos y lo vio todo borroso. Podía adivinar la silueta de su esposa a la que reconocía por la voz. Pero no tenía ni idea de quién era el hombre que estaba al otro lado de la cabecera de la cama. —¡Irwing, querido!— le decía ella.

—Vaya un mal rato que ha hecho pasar usted a su esposa, señor Kelly —adujo a su vez el hombre.

—Pero.... ¿Qué diablos me ocurre? —tartamudeó Irwing tratando de identificar al hombre.

—Tranquilícese, señor Kelly —dijo la voz varonil—. Afortunadamente ya pasó todo. —¿Quién es usted?— preguntó Irwing, que poco a poco veía desaparecer las telarañas que impedían su completa visión.

—Tuviste un desmayo cuando regresabas de la oficina —explicó Laura.

—Un desmayo.

—Sí. En el coche. Menos mal que se te ocurrió frenar a tiempo, si no Dios sabe lo que hubiera podido ocurrir.

Por fin Irwing podía ver perfectamente y tras observar a su esposa, clavó la mirada en el hombre que la acompañaba. Ella se lo presentó.

—Es el doctor Wallace. El es quien te ha atendido.

—No comprendo nada... —Trató de incorporarse y sintió agujetas en alguna parte del cuerpo.

—Descanse ahora —le aconsejó el doctor—. Le daré un calmante y mañana se sentirá como nuevo.

—¡Mañana! —repitió Irwing e instintivamente se volvió a mirar el reloj calendario.

Marcaba el día 3 de noviembre y a través de la ventana podía ver que el paisaje estaba oscuro. Las agujas del reloj indicaban las nueve...

—¡Las nueve de la noche! —exclamó—. He pasado casi un día inconsciente.

—No, no rectificó el doctor Wallace. —Sólo unas tres horas. Le encontraron en la carretera después de las seis.

—¡Ah! —exclamó él, pero no lograba recordar nada de lo que precisamente había sido protagonista y repitió—. A las seis...

CAPÍTULO V

Cuando aquella mañana, Irwing entró en la oficina tuvo la sensación de pisar aquel recinto por primera vez.

Los tres empleados varones parecían estar aguardándole y se pusieron en pie no más hubo cruzado el umbral de la puerta. Carol, la secretaria, se hallaba junto a la puerta del despacho.

—Buenos días, señor Kelly —pronunciaron los hombres a coro.

Irwing cruzó la sala rectangular e inclinó la cabeza con un gesto que abarcaba a todos.

Carol le esperaba con una sonrisa.

—Buenos días, señor Kelly. ¿Cómo le ha ido el viaje?

—¿El viaje? Bien, claro.

¿Por qué le preguntaba por el viaje si él había ido ayer a la oficina? ¿Acaso no se lo preguntó ayer?

¡Ayer!

¿Qué es lo que había hecho ayer? No conseguía recordar nada.

La secretaria había cerrado la puerta y esperaba que Irving le entregara el sombrero.

Se lo dio preguntando.

—Se supone que llegué ayer. ¿No es así?

—Sí. Ya nos comunicaron su llamada, pero debió usted llegar tarde.

Irving tomó asiento tras la mesa y calculó bien la pregunta para que no sonara a grotesca.

—¿Usted... no me vio ayer?

—No, señor Irving —fue la categórica respuesta—. No le vi.

¿Qué significaba aquello?

Tanto Laura como el doctor Wallace le habían asegurado que tuvo un desmayo cuando regresaba de la oficina. Y si no había ido a la oficina. ¿Dónde fue entonces?

—¿Le ocurre algo, señor Kelly? —preguntó Carol solícita.

—Pues sí... Ayer sufrí un desvanecimiento. Nada importante. Supongo que estará enterada.

—No. No lo sabía.

—¿No llamó mi mujer por teléfono?

—¿Cuándo, señor Kelly?

—¡Estamos hablando de ayer! —La réplica le salió en tono irritado lo cual no era ciertamente su costumbre.

—No, señor. Nadie llamó ayer preguntando por usted. Todos le esperábamos hoy.

—O sea —pensó para sí— que el día anterior no había aparecido para nada en la oficina, e incluso los empleados. —Carol al menos —aseguraba que era «hoy» el día que le esperaban... ¿Qué era lo que estaba sucediendo?

—¿Me necesita ahora, señor Kelly. —Carol interrumpió sus pensamientos—, o prefiere que salga?

—Sí, déjeme solo. Quería estudiar con calma unos asuntos. Si hay algo que yo deba ver, déjelo sobre la mesa.

—Sí, señor. Le pasaré las últimas novedades. Es trabajo rutinario, pero si desea echarle una ojeada...

—Por supuesto. Déjelo todo ahí. Ya la llamaré si la necesito.

El mismo se daba cuenta de que estaba hablando de una manera automática. Más concentrado en sí mismo que en lo que decía. Carol lo advirtió.

—¿De veras no le ocurre nada?

—No, Carol. Simplemente estoy un poco cansado.

—Sí, señor. Le traeré lo que me ha pedido.

—¡Ah, Carol! —La detuvo cuando la muchacha iba a salir—. ¿Conoce al doctor Wallace?

—¿El doctor Henry Wallace?

—Sí, sí.

—Bueno, sí. No le conozco personalmente pero he oído hablar de él.

—Es el médico que me atendió ayer. Quiere llamarle, por favor. Pásame la comunicación.

—Sí, señor. ¿Sabe usted cuál es su número?

—No, Carol. Búsquelo usted misma en el listín.

La secretaria le dejó solo y Irwing abrió su cartera, extrajo los documentos que había llevado consigo para estudiarlos, pero no

logró concentrarse.

—¿Por qué Laura me dijo que ayer estuve en la oficina? ¿Por qué todos me esperaban hoy? —Se hizo las preguntas casi en voz alta, y añadió—. Tal vez ella...

Le interrumpió el zumbido del intercomunicador.

El doctor Wallace está al teléfono, señor Kelly. Se lo pongo.

—Sí, gracias.

En seguida al otro lado del hilo surgió la voz del médico que le había atendido el día anterior. Al menos Irwing creyó reconocerla.

—Soy Irwing Kelly, doctor. Necesitaría hablar con usted. ¿Podría atenderme un momento?

Se hizo un silencio y por un instante Irwing pensó que se había cortado la comunicación.

—¿Doctor? ¿Me escucha?

—Sí, sí. Le oigo perfectamente. Pero no he entendido bien su nombre.

—Irwing Kelly, Ayer estuvo en mi casa. Yo había sufrido un desvanecimiento.

—Lo siento, señor. Debe confundirse de médico. Tal vez le atendió el doctor Welles... A veces nos confunden. Wallace, Welles...

—Oh, perdone. Yo creí.

—Buenos días, señor. Disculpe. Tengo que salir para un caso urgente.

Escuchó el chasquido del teléfono de su interlocutor y él colgó a su vez.

Estaba perplejo. Hubiera jurado que el nombre era Wallace. No obstante admitió la confusión sin estar demasiado convencido.

—Carol —habló a través del intercomunicador—. ¿Hay un doctor Welles en este lugar?

—Sí. A éste sí le conozco. ¿Quiere que le llame?

—Sí, hágame el favor.

En los segundos de espera, Irwing se esforzaba en recordar sus horas en blanco. Y pensaba asimismo en la inutilidad de la nueva llamada. Estaba seguro de no haberse equivocado en el nombre del doctor.

Lo comprobó cuando momentos después Carol le pasó la comunicación con el otro médico.

—Es posible que no me conozca, doctor. Soy Irwing Kelly. Ayer tuve un pequeño accidente y me atendió un médico, pero no recuerdo su nombre. ¿Fue usted acaso?

Al otro lado replicó una voz jovial. Indudablemente Welles era un médico con menos años que Wallace.

—No. Yo no fui. Seguramente sería mi colega Wallace. No sé lo que ocurre pero nos confunden con frecuencia.

—Perdone. ¿No hay ningún otro médico en esta ciudad?

—No. Somos dos y sobramos. No vive mucha gente fija aquí. Oiga. ¿Usted es Kelly de la *Marketing*?

—Sí. ¿Por qué?

—No, por nada. Pero como me llamó Carol... Bueno, mucho gusto en saludarle. Adiós.

Aún con el teléfono en la mano, Irwing se repetía:

—No hay más médico. Ahora es cuando estoy seguro de que fue Wallace quien me atendió.

Después se lo confirmaría su secretaria.

—Sí, en efecto, el doctor Wallace es un hombre mayor. Como de unos sesenta años. Usted lo ha descrito perfectamente. Tony Welles es más joven... Creo conocerle bastante bien. Estamos prometidos.

—Ya. Bueno, Carol. Voy a salir por un rato. Volveré más tarde.

Salió de la oficina con una idea. Volver a su casa y hablar con su mujer. Necesitaba ante todo poner en claro aquel asunto.

CAPÍTULO VI

Salió del auto y subió los dos peldaños que daban acceso al porche, estilo de las antiguas mansiones de épocas pretéritas. Introdujo la llave en la cerradura y trató de abrir sin conseguirlo.

—¿Qué diablos pasa...? —exclamó forzando la cerradura, pero no consiguió nada porque la llave no encajaba.

—No es posible.

Probó de nuevo con idéntico resultado. Sólo cabía una explicación. Aquella llave no pertenecía a la puerta que intentaba abrir.

Lo probó con otra. Fue inútil.

—¡Han cambiado la cerradura! —exclamó en el momento en que alguien abría la puerta.

Era su esposa, Laura, que quedó un instante observándolo como si se tratara de un desconocido.

—¿Qué significa todo esto, Laura? Mi llave no...

La respuesta de su mujer le dejó petrificado.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

—¡Laura! Esto ya es demasiado... Déjame pasar. Tenemos que hablar de cosas importantes.

—¡No! Váyase —exclamó ella con ademán de cerrar la puerta que mantenía sujeta a una cadena de seguridad.

—¡Laura!

—Yo no me llamo Laura. Usted se confunde. Adiós.

—Por favor. ¿Qué significa esta comedia?

—Usted es el que hace la comedia. Váyase o llamaré a la policía. Irwing había puesto el pie en la puerta para evitar que ella pudiera cerrar.

—Entonces... Es posible que tú...

—¡Quite el pie de ahí! —insistió ella.

—Creo que ya sé lo que ocurre...

Ella empujó con fuerza la puerta dañándole el pie que Irwing retiró seguidamente.

Laura cerró y aseguró la puerta por dentro.

—Me están tendiendo una trampa —dijo sentado en el coche y mirando aún hacia la casa—. Es una encerrona. Pero no lo conseguirán... Hablaré con el *sheriff*. Llegaré hasta el final.

Puso el coche en marcha y mientras conducía hacia el centro de la pequeña ciudad se esforzó por recordar lo que había hecho el día anterior. Buscó la base a partir de su marcha de San Francisco.

Recordaba perfectamente haber tomado el avión. Luego en Las Vegas tenía ya el automóvil de alquiler dispuesto. El mismo «Chevrolet» que ahora conducía, un coche prácticamente nuevo que la empresa que los alquilaba reservaba únicamente a clientes de categoría.

Rememoró el recorrido hasta Shermont, la llegada a la casa, la ducha que se tomó. Las palabras de Laura aludiendo a su cansancio.

—*Es mejor que esta noche descansemos* —había dicho ella aproximadamente.

Y luego...

Luego ya nada más. Sólo podía recordar su despertar, lo que vio entre brumas antes de poder observar detenidamente el rostro de aquel doctor Wallace que si bien existía realmente, negaba haberle atendido...

¡Un día en blanco!

—Debieron narcotizarme —dedujo cuando se detuvo ante la oficina del *sheriff*.

Era un edificio pequeño y antiguo. Shermont no necesitaba de muchos agentes para mantener el orden, y el policía era un hombre veterano que parecía extraído de un relato del viejo y salvaje Oeste.

El hombre, con expresión bondadosa, escuchó el relato de Irwing sin pestañear. Por fin, cuando el joven hubo concluido, hizo chasquear la lengua y repuso.

—Regañó con su mujer, ¿no es eso?

—Bueno, ahora no me ha dado tiempo. Me cerró la puerta...

—No. Me refiero a antes. Tuvieron una regañina y ahora ella se toma una pequeña venganza.

—Me parece que no me ha comprendido, *sheriff*. Yo no me he peleado con mi mujer... Salí esta mañana hacia la oficina. Le di un

beso. Todo era normal... Bueno, en realidad nada es normal desde ayer.

—¿En qué quedamos? —sonrió bonachón el representante de la ley.

—Hay algo innegable en todo esto. Ayer tuve un accidente. Al menos ésa fue la excusa que me dieron. Me atendió el doctor Wallace. Y ahora lo niega.

—El doctor Wallace es una excelente persona. Le conozco. ¿No se confundirá usted de...?

—¡No! —atajó Irving sin dejarle terminar—. Ya sé que existe otro doctor que se llama Welles. El que a mí me atendió fue Wallace. Le vi cómo le estoy viendo a usted.

Ahora el veterano policía lanzó un murmullo ininteligible y poniéndose en pie murmuró.

—No sé si está tratando de gastarme una broma o es que está trastornado. Pero voy a seguirle la corriente. Total para el trabajo que hay aquí... Pero si me ha mentido usted, ándese con cuidado. Generalmente no suelo enfadarme, pero si tratan de tomarme la cabellera...

—¿Me cree capaz de inventar una historia como la que le he contado?

—Eso es lo que me intriga precisamente y soy curioso por vocación. Iremos a ver al doctor Wallace. Vaya usted delante. Yo le seguiré con mi coche.

—No sé dónde vive.

—¿No?

—No, *sheriff*. El doctor Wallace me atendió en mi propia casa.

—¡Ah, bueno! En ese caso sígame usted a mí.

Momentos después los dos automóviles se pusieron en movimiento. El de la placa llevaba la delantera con un coche oficial.

Cuando estuvieron en casa del médico, la veterana enfermera que les atendió manifestó:

—El doctor ha tenido que salir. Seguramente no podrá volver hasta la tarde. Tenía una consulta en Las Vegas.

—Sí que es una contrariedad. Bueno. En cuanto regrese diga que me llame a mi oficina —pidió el *sheriff*.

De nuevo en la calle, el representante de la ley, dijo:

—Es una contrariedad, pero si cree que puedo serle útil,

vayamos a su casa. Aunque arreglar desaguisados matrimoniales no entra en mi especialidad.

—No se trata de un desaguisado, *sheriff*.

—Está bien, está bien... Vaya usted delante ahora. Porque su casa sí que sabrá donde está.

Irwing prefirió no replicar a la ironía del policía.

Subió el coche y pisó a fondo el acelerador. Tenía ganas de acabar cuanto antes con aquel asunto.

Cuando se detuvo a pocos metros de la villa, el de la placa, que en todo momento se mantuvo a rueda, dijo al bajar del auto:

—Le gusta correr, ¿eh? Debe tener prudencia, amigo. Así es como ocurren los accidentes. Bien. ¿Dónde está su casa?

—Esa de ahí —y tomó la delantera hacia el porche, pero el *sheriff*, lleno de asombro, se rascó la cabeza.

—¡Oiga, oiga! Está usted equivocado, amigo. Ésta no puede ser su casa. Ya conozco bien a los propietarios. Los Dalton.

—¿Cómo? —Ahora, el perplejo era Irwing.

—Mi querido, señor Kelly. Ahora es cuando creo que debe verle un médico.

—¡Basta, *sheriff*! Esto es una comedia. Ésta es mi casa. Puede preguntar en mi oficina.

Está inscrita a mi nombre...

—Bueno, no grite, hombre. Ahora mismo se va a convencer...

Irwing se estaba temiendo un nuevo desengaño cuando el de la placa llamó personalmente al tiempo que gritaba:

—Abre, Rita, por favor soy Crosby.

Y abrió una mujer. Una mujer que en nada se parecía a su esposa, entre otras cosas porque debía tener unos cincuenta años. Tras ella, apareció un hombre.

—¿Qué tal, Rita? ¡Hola, Albert!

—¿Pasa algo? —inquirió el hombre.

—Espero que nada —y el *sheriff* volvió los ojos al anonadado Irwing, que murmuró:

—No puede ser... Ésta es mi casa.

—¿Qué dice ese hombre? —inquirió la llamada Rita.

—¡Nada, nada! Está un poco... Bueno, parece que ayer sufrió un accidente.

El de la placa parecía dar por terminada la visita, pero Irwing

insistió:

—Un momento. Me gustaría pasar dentro. Podría demostrar que... que todo esto es falso. Y usted también participa de esta farsa, *sheriff*.

—Cuidado con lo que dice, joven. Soy la primera autoridad de Shermont. ¿Acaso trata de acusarme de algo?

Irwing se reportó. No le interesaba armar un escándalo que por otra parte sospechaba que de nada iba a servirle.

—Sólo pretendo entrar.

—Eso sólo puede hacerlo si sus propietarios lo autorizan. Lo contrario sería allanamiento de morada —advirtió el representante de la ley.

—¿Debemos dejarle? —preguntó Rita.

—Nadie les obliga —repuso el de la placa.

—Entonces lléveselo, *sheriff*. Debe ser un perturbado —adujo el llamado Albert.

—Ya lo ha oído, Irwing. No le dejan entrar. Así es que será mejor que nos marchemos. Gracias por todo, amigos, y perdonad las molestias. Ya nos veremos un día de éstos.

Cuando la puerta se hubo cerrado, el de la placa sacudió la cabeza en actitud comprensiva.

—Vaya papelitos que me obliga a hacer, amigo... Oiga... Voy a darle un consejo, vuelva a su casa, hable con su mujer y hagan las paces...

—¡Váyase al diablo, *sheriff*! —Irwing se fue directo a su coche.

—¿Todavía quiere que hable con el doctor Wallace? —El de la placa levantó la voz, pero Irwing no le contestó. Sabía que todo sería inútil.

—¡Espere! —llamó el *sheriff*.

Irwing estaba a punto de poner en marcha el vehículo, pero aguardó.

—Todo esto es muy extraño. ¿Sabe? Y usted parece una persona correcta. Ha dicho que se llamaba Kelly, ¿eh?

—Si nadie ha decidido cambiarme el nombre espero que sí.

—¿Cómo es su esposa?

—Alta, un metro setenta o así. Es morena, lleva el pelo corto. Bien proporcionada.

—¿Tienen ustedes hijos?

—No.

—Bien. En su oficina deben conocerla. ¿Eh?

Irwing no pudo contestar a aquella pregunta, y el *sheriff* le propuso acompañarle. Más tarde ambos estaban reunidos en el despacho en presencia de la secretaria Carol que informó:

—No. La verdad es que no conozco personalmente a su esposa. Aquí nunca ha venido.

No. De veras. Jamás ha visitado la oficina.

Irwing salió un momento para consultar con los otros empleados.

Ninguno conocía a Laura.

Luego Carol añadió:

—Sé que las otras veces ha venido acompañado de su esposa, pero insisto en que no la conocemos.

—Un momento —terció el de la placa—. ¿Llevará algún retrato de ella?

—Sí, creo que... —Buscó en su cartera y añadió—: Tengo algunos de antes de casarnos.

No ha cambiado nada.

Pero la verdad es que no consiguió encontrarlos.

—Es raro. Los llevaba siempre y... —Hubiera jurado que se los habían robado, pero se abstuvo de decirlo delante de su secretaria, y pensó, que el *sheriff* seguramente tampoco le hubiera creído.

—¿Le ocurre algo, a su mujer, señor Kelly? —inquirió, Carol.

—No, nada. Era solo... Bueno, luego se lo contaré.

En la calle, el policía murmuró:

—Vaya a ver un médico, créame. Esta usted desorientado... Ni siquiera recuerda donde vive.

—¡Un momento! —Entró de nuevo en la oficina y se encaró con Carol. Los empleados, al verle entrar y salir de aquella manera, se miraban en silencio.

—Carol. Usted conoce las señas de mi casa.

—Pues no, señor Kelly.

—¿Cómo que no? La compré. En algún lugar debe tener los documentos...

—Creo recordar que se los llevó a Los Ángeles. En cuanto a la casa, usted nunca dejó las señas.

—¿Ni siquiera el teléfono?

—Pues no recuerdo. Nunca le hemos llamado allí. Da todos modos, miraré.

Tras una comprobación, Carol trajo por fin buenas noticias.

—Sí. Hay este número.

Irwing lo retuvo en su memoria. No podía recordarlo porque entre otras cosas jamás llamó, y si lo hizo alguna vez no lo recordaba.

Marcó aquel número, pero sólo obtuvo una señal extraña.

Hecha la correspondiente comprobación en la compañía le informaron lacónicamente.

—Este número hace años que no existe. El abonado se dio de baja.

Cuando Irwing salió, el *sheriff* que estaba hablando con un conocido inquirió.

—¡Ah! ¿Ya está de vuelta? ¿Hay algo nuevo?

—Han dado de baja mi teléfono. He preguntado dónde correspondía y tengo las señas.

—Le acompañaré.

Otra vez Irwing fue detrás del *sheriff* porque desconocía el lugar donde estaba el paraje que le habían dicho.

Cuando llegaron, se encontró delante de las ruinas de lo que había sido una casa de grandes dimensiones.

—Hace muchos años que esto está así. ¿Seguro que no lo ha entendido mal?

Irwing se dio por vencido.

—Seguro, *sheriff*. No podía ser otra cosa.

Se sentó en uno de los peldaños de la destartada mansión y encendió un pitillo.

El de la placa se le aproximó y en tono paternal murmuró:

—Antes me dijo que había probado de abrir la puerta de casa de los Dalton con una llave.

—No es la casa de los Dalton. Es la mía, pero ya no voy a discutir.

—No, si no quiero discutir. Lo que me gustaría es ver esa llave. Tal vez... quién sabe.

Irwing le dio el llavero entero.

—Sólo hay tres. La del coche, la de mi cartera y la de la casa.

—¡Maldita sea! Si hubiésemos empezado por ahí... Yo conozco

esa llave. ¿No ha advertido que hay un número? El 323... Sé a dónde pertenece.

—¿Eh? —Miró la llave que le devolvía el de la placa. Ciertamente no se había dado cuenta de aquel número.

—Habitación 323 del hotel Shermont —aclaró el *sheriff*—. ¡Sí, señor! Es allí donde se hospeda usted. No lo piense más. Vaya y seguro que encontrará a su esposa. Y visite a un médico, créame...

—Habitación tres dos tres. Hotel Shermont —repitió Irwing como un autómatas.

CAPÍTULO VII

Irwing intuyó que trataban de llevarle hasta aquel hotel y decidió seguir la comedia hasta el final.

El hotel Shermont, era el más pequeño de los tres que existían en la población. Y también el más antiguo. Venía a ser como una residencia de tipo familiar.

Tenía tres plantas y por el número de la llave supo que su habitación estaba en la tercera.

Al cruzar ante el vestíbulo, el conserje le saludó con una amplia sonrisa.

—¿Buenos días, señor Kelly? ¿Ya de vuelta?

—¡Alí! ¿Me recuerda usted?

—¿Cómo no voy a recordarle? ¿Quiere que le suban algo a su habitación?

No. No, gracias... Era prácticamente la hora del almuerzo, pero no sentía el menor apetito, pero necesitaba un trago y por eso rectificó:

—Bueno. Traígame una botella de *whisky* y un vaso.

—¿No quiere su vino preferido?

—Pues... traiga también una botella. —Y mentalmente se dijo—. «El dice conocerme, pero yo estoy seguro de no haberle visto en mi vida». —Y comenzó a subir los peldaños. En el Shermont no había ascensor.

»Apuesto —pensó— que han puesto a media ciudad de acuerdo. Ése es un lugar pequeño y les ha sido fácil, pero en Los Ángeles les va a costar más trabajo. Tendré que hablar de esto con Corcoran. Es el único que puede ayudarme.

Introdujo la llave en la cerradura y dio la vuelta lentamente. Ya no podía fiarse de nada ni de nadie en Shermont, y le constaba que el hecho de encaminarle hacia aquel hotel solo podía ser una encerrona.

Se volvió para comprobar que el corredor estaba libre. No había nadie. Miró asimismo por el hueco de la escalera. Todo estaba en completa calma.

Abrió lentamente la puerta y comprobó que la habitación estaba completamente a oscuras.

Cerró y se quedó de espaldas a la entrada, tratando de habituar sus ojos a la oscuridad.

Las cortinas estaban echadas, pero la luz diurna se filtraba ligeramente y así consiguió familiarizarse con la disposición de la estancia.

Había una puerta al lado de la cama. Entreabierta. Pensó que se trataba del baño.

Avanzó hacia ella en el momento en que se abrió de golpe.

Un hombre había aparecido en el umbral. La luz del baño recortó su silueta.

Irwin se echó hacia atrás y conectó la luz, cuyo interruptor ya había visto al entrar. Al reconocer a su silencioso visitante lanzó un suspiro:

—¡Corcoran!

¡Su amigo el policía era quien estaba allí! El hombre con el que contaba para que le ayudase.

—Tranquilo, Irwing. He tenido que tomar precauciones.

—¡Cielos! ¿Qué haces aquí?

—Recibí tu llamada.

—¿Mi llamada?

—Alguien dejó el recado. Yo no tomé el teléfono, pero dieron la dirección de este hotel y el número de la habitación. Dijeron que era muy urgente. ¿Estás en peligro? ¿Qué es lo que pasa?

—Ojalá lo supiera, Bill.

—Vamos, tranquilízate. Si no llamaste...

—Ése es otro misterio. Tú eres la única persona en quien puedo confiar. Y sin embargo «alguien» te llama en mi nombre... ¿Qué es lo que se proponen?

—Yo que tú empezaría por el principio. No tengo mucho tiempo. Sabes que estoy atareado. He tomado el avión a primeras horas y el paseíto que he tenido que darme para llegar hasta este agujero...

—¿A qué hora te llamaron?

—Debían ser las siete o así. Yo tenía un servicio. Cuando llegué

me dieron el aviso.

—O sea que todo está preparado...

—No me hables en clave. Suéltalo. Suéltalo todo.

—Ni sé por dónde empezar.

—Empezaré yo. ¿Cómo está tu mujer? Pensé que estaría contigo.

—Estaba conmigo, Bill. Pero ahora ni sé dónde está... En realidad ella lo empezó todo.

—¿No tenías una casa aquí?

—Y la sigo teniendo, Bill... pero pretenden hacerme creer lo contrario. —Y tras una pausa añadió—: Verás, todo empezó al día siguiente de llegar. Creo que me narcotizaron...

Mientras Irwing relataba a su amigo los extraños acontecimientos, un par de hombres merodeaban cerca de la entrada del hotel.

Uno se aproximó al otro y preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí. Está arriba, en la habitación.

En el hotel un hombre salía de la habitación inmediata a la que ocupaba Irwing Kelly. El individuo se aseguró bien de que nadie podía verle y sin cerrar la puerta avanzó hasta la 323 en la que escuchó unos instantes pegado a ella.

Aunque no podía oír con claridad las palabras sí advirtió que en el interior se estaba desarrollando una conversación. Permaneció unos segundos en la misma actitud y luego optó por volverse a la habitación de la que había salido.

Irwing Kelly había concluido su relato y Corcoran continuaba silencioso, como si no supiera qué contestar.

—Si puedo coger el hilo, Bill, sabré qué se esconde detrás de todo esto...

—Si no me lo contaras tú... creería que se trataba de una historia de ciencia ficción... Sin embargo debo pedirte algo.

—Te lo he dicho todo.

—¿Todo? Mira, Irwing, si ocultas algo, cualquier detalle... bien una pelea con tu mujer o el conocimiento de algún enemigo que puedas tener... para ayudarte, necesito algo más que tu declaración.

—No puedo decirte nada más. Eso es todo.

—Pero tú y Laura siempre habéis vivido bien. ¿No es así?

Irwing bajó la cabeza y musitó.

—Eso he creído yo siempre.

—Bien. Tú tienes imaginación. No eres un idiota. ¿Qué te imaginas que pueden ganar con eso? —No lo sé.

—Lo has planteado todo de una forma como si pretendieras volverte loco, pero es absurdo, completamente absurdo. En Los Ángeles puede aclararse todo. Yo que tú iría allí. Seguro que Laura estará en tu casa.

—¿Y si sigue con la misma actitud?

—Por favor, Irwing. Estás ofuscado. No reflexionas. Tenéis vecinos, gente que os conoce. Allí Laura no puede negar sin ponerse en evidencia. No puede decir olímpicamente «Ese señor no es mi marido y quedarse tan fresca».

—No, claro. Eso ya lo había pensado yo. ¿Pero por qué lo ha hecho aquí?

—Si tú no lo sabes... En fin. Olvida esto y regresa a Los Ángeles.

—¿Que lo olvide? ¡Oh, Bill! Parece que no has comprendido.

—Si he comprendido e insisto en que es absurda esa actitud de Laura. Si ha hecho lo que tú dices no podrá seguir la comedia. A menos que...

—¿Qué? —pidió Irwing ante el repentino mutismo del policía.

—No, nada.

—No. Tú pensabas algo. Lo mismo que yo tal vez... Ibas a decir «a menos que traten de matarme».

—Es una tontería. ¿Por qué? —Corcoran se puso en pie—. Es ridículo. No existe el menor motivo. ¿No?

Y tras un silencio Corcoran añadió:

—Vámonos juntos. Te acompañaré a tu casa en Los Ángeles. Si ocurre algo allí, podrán protegerte, tengo amigos. En cambio, en este agujero, no conozco a nadie. Ni tengo jurisdicción.

—El secreto está aquí, Bill.

—Yo no te aconsejo que te quedes.

—Al menos hasta que haya visto la casa. Mi casa. La que pretenden que nunca ha sido mía. Tendré que esperar a que se haga de noche. Acompáñame, Bill. Por favor. Necesito un testigo de lo que vea.

—Falta mucho aún para la noche y yo debo irme. —Te lo pido por favor, por nuestra vieja amistad.

Corcoran dudó.

—Es absurdo... Pretendes entrar en una casa de la que no tienes la llave. Es un delito.

—¡La casa es mía! ¿O es que tampoco me crees?

—En los años que hace que nos conocemos no creo que nunca me hayas mentido, Irwing. —Y repentinamente añadió—: Oye... Tú vas al médico con frecuencia.

—¿Crees que estoy loco?

—¡Yo no he dicho esto, muchacho! Pero tuviste un accidente serio. Muy serio. Te afectó la cabeza... A veces ocurre que...

—¡No sigas, Bill! Empiezo a dudar de que estés dispuesto a ayudarme.

Irwing desconfiaba de todo el mundo y la sospecha se apoderó ahora de él con respecto a las intenciones de su amigo.

—Olvida lo que te he dicho, amigo. Me quedo. ¡Y que Dios nos ayude a los dos! Si cuento esto a alguien, al que van a tomar por loco es a mí —refunfuñó el policía.

CAPÍTULO VIII

El hombre de la habitación contigua a la de Irwing les había visto marchar a ambos. Corcoran utilizó una puerta lateral del establecimiento a fin de que el conserje no le viera. Irwing lo hizo por la puerta principal diciendo:

—Voy a estirar las piernas.

—El fresco de estas horas se agradece. Hoy ha vuelto a apretar el calor. Que lo pase bien, señor Kelly.

El hombre de la habitación contigua salió con el mismo sigilo que la otra vez y tras cerciorarse de que no había nadie, introdujo un sobre por debajo de la puerta de la 323. Luego bajó al *hall* y salió a la calle.

Irwing y el policía estaban ya lejos.

En pocos minutos el coche se detenía en las cercanías de la casa de Irwing. Estaba todo a oscuras.

—Es ésa. Y no es muy tarde para que esté tan oscuro. ¿No te parece?

—¿Y si está ese matrimonio que dices haber visto, qué crees que ocurrirá?

—Son unos impostores.

—¡Pero si tú mismo dijiste que el *sheriff* les conocía!

—El *sheriff* es un embustero. Está en el juego.

—Irwing. Tengo la sensación de que vamos a meternos en un lío. Y debo pensar en mí.

Se supone que debo cumplir la ley. No infringirla.

—¿Cuántas veces no lo habrás hecho por algo que te convenía?

—¡Vamos allá! —exclamó Corcoran.

Poco después comprobaron que la casa parecía auténticamente vacía de personas.

Pudieron entrar a través de una ventana sin forzar la cerradura.

Silencio.

—¿Dónde están las habitaciones? —susurró Corcoran.

—Arriba.

—Ve a echar un vistazo. Pero con cuidado.

Corcoran se quedó en la planta baja tratando de familiarizarse en la oscuridad.

Irwing susurró.

—Creo que todo está igual, Bill. ¡Ésta es mi casa! No les ha dado tiempo de cambiar nada.

—Ve arriba de una vez y no hagas ruido.

Irwing obedeció. Familiarizado con el ambiente subió sin hacer ruido y ya arriba recorrió una a una las cuatro habitaciones dormitorio y los dos baños, el privado y el general.

¡No había nadie!

De nuevo en la planta baja, con las cortinas echadas dio la luz.

Corcoran miró en derredor y murmuró.

—¿Conque ésta es tu casa?

—¡Ya lo creo! Puedo decirte donde está cada cosa. Mira. Detrás de ese Picasso hay una caja fuerte. Míralo tú mismo. No guardo nada allí. Ahí está la cocina.

—Bien, no sigas. Acepto que ésta sea tu casa. Tu mujer no está. Es el momento de largarnos a Los Ángeles. Hay un vuelo nocturno en Las Vegas.

—No, Bill. Ahora tengo un testigo. Iremos a ver al *sheriff*.

—Primero debes demostrar que la casa es tuya. Hagamos las cosas bien hechas, Irwing.

Anda, recoge tus cosas y vámonos. ¿Necesitas llevarte algo?

—No... Bueno, me cambiaré de camisa. Con este calor.

—Pues date prisa. Me espero.

Irwing volvió a subir y Corcoran al quedarse solo se dirigió hacia el tabique donde colgaba el Picaso y retiró el cuadro hacia un lado. Vio la pequeña caja empotrada y volvió a colocar el cuadro en su sitio.

Irwing, en su habitación, abrió el armario para buscar la camisa que necesitaba y...

—¡No hay nada, Bill! —exclamó de vuelta a la planta baja. Ni mi ropa ni la de mi mujer.

Volvieron al hotel. Bill dijo que le esperaba en su coche.

—No tardes. Vamos a perder el avión.

Irwing subió de nuevo a su habitación:

—¿Ya ha terminado su paseo, señor? —sonrió el conserje.

—Volveré a salir. Es que olvidé algo.

Al entrar en la 32t5 vio el sobre en el suelo. Lo tomó y lo rompió. Dentro había una nota breve.

«Soy un amigo suyo pero conviene que no nos vean juntos. No se fíe de nadie. Ni siquiera de ese amigo suyo con el que estaba hablando. Le espero en el Marilyn Saloon. Seguro que me reconocerá en cuanto me vea. Tenga cuidado. Hasta pronto».

No había firma.

Irwing pensó que lo mismo podía tratarse de una nueva encerrona pero tenía que seguir todas las pistas.

Abrió el armario. Con la visita de Corcoran no había mirado nada de la habitación y ahora lo lamentaba porque todo, toda la ropa que se había traído estaba allí. Un par de trajes, una docena de camisas, mudas, calcetines, pañuelos.

—Lo han preparado bien —musitó—. De acuerdo, yo haré lo que tengo que hacer...

Poco después con una camisa limpia y otro traje hablaba ya con Corcoran.

—Aplazo mi viaje hasta mañana. Tengo que hacer algo.

—¡Allá tú! Yo ya te he advertido.

—No me ocurrirá nada. Sé cuidarme.

—Eres un cabezota. Bien. Llámame en cuanto regreses a Los Ángeles.

—Lo haré.

—Oye... ¿Tan importante es lo que tienes que hacer?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—Es personal.

—Me llamas con urgencia y luego no confías en mí...

—Yo no te he llamado, Bill.

—Está bien, pero otro día me lo pensaré dos veces antes de abandonar mi trabajo... ¡Ah! El cadáver que viste el otro día era de Aldo. Ya está comprobado. No te pido que me acompañes a dar la

noticia a su hermana. Le daré el pésame en tu nombre. Adiós y buena suerte.

Los dos hombres que aquella tarde merodeaban el hotel presenciaron la escena a alguna distancia, ocultos por los arbustos del jardín de la pequeña plazoleta.

Vieron el auto alejarse y luego observaron como Irwing comenzaba a andar. Uno de los hombres se dispuso a seguir sus pasos.

CAPÍTULO IX

El Marilyn Saloon ofrecía al turista toda la salsa del viejo Oeste, la partida con el clásico tahúr, la inevitable pelea tumultuosa y el desafío entre el «bueno» y «el malo». En el escenario chicas ataviadas a la moda de la época bailaban un desenfrenado can-can,

pero el plato auténticamente fuerte era el número de *strip-tease*, gancho suficiente para recreo de viejos millonarios y oportunidad de las chicas para ver de «pescar» a un amiguito rico, discreto y de los que en razón de la edad fastidian poco.

El tiroteo empezó con la llegada de Irwing que más que atención al espectáculo, su mirada recorrió la amplia sala muy concurrida, en busca del autor del anónimo.

Cesaron los tiros y los falsos muertos se incorporaron cuando la música atacaba ya el número de las *girls*.

Irwing caminó por el local hasta que un camarero le acomodó en uno de los palcos.

—Aquí estará bien, señor. ¿Le sirvo *whisky*?

—Sí. De acuerdo.

Sin conseguir aún ver a nadie volvió los ojos al escenario. Fue entonces cuando al observar a las *girls* fijó su atención en una determinada y que él conocía perfectamente:

—¡Lee! —exclamó para sí.

Al terminar el número, nadie se había acercado a su mesa, por lo que Irwing decidió ir a saludar a la vieja amiga, que seguía rebosando de hermosura y sexualidad.

—¡Irwing Kelly! ¡Cielos! ¿De dónde sales? No eres tan viejo para venir a encerrarte en un pueblo como éste. ¡Oh! Cielo. ¡Si supieras las veces que he pensado en ti! ¿No te has acordado de tu chica de urgencia? Mira, ahora no podemos hablar. Tengo otros dos

números. De algo hay que vivir. ¿Sabes? Espérame a que acabe. Es cuestión de una hora. —Le besó fugazmente y desapareció de nuevo en el camerino mientras alguien gritaba.

—¡Vamos, Lee! Ya deberías estar preparada.

Irwing regresó a la mesa. Había un hombre próximo a ella que le observaba. Irwing se fijó en él. No le conocía. Pero el hombre se aproximó. —Creía que se había marchado. ¿No me reconoce?—. No. ¿Quién es usted?

—No me mire. —El hombre quedaba protegido por la oscuridad del corredor junto a los palcos—. Que no nos vean hablar. Me llamo Simón Kurt. ¿Mi nombre tampoco le dice nada?

—No.

—Nos conocimos en Prisco. Yo trabajaba en su agencia. Pasé apuros y le pedí dinero...

Usted fue muy generoso y me ayudó. Yo nunca olvido los favores.

—No consigo recordarle.

—Es posible. Hace ya algún tiempo. Oiga... Le vi por casualidad el otro día. Quise saludarle pero usted iba con su esposa. Era anteayer. Tengo unos amigos cerca de su casa. Yo pasaba con el coche y les vi entrar.

—Eso era anteayer.

—Exacto. Pensé ir a verle, pero no me atrevía a molestarle. Luego me di cuenta de que algo sucedía...

—Dígame qué es lo que usted vio. —Irwing hablaba sin dejar de mirar el espectáculo.

—Me decidí ir a su casa y vi a su esposa que salía con una maleta. Creí que se iban. Quizá no hubiera pensado más en ello, pero el hombre que se fue con la maleta seguía el mismo rumbo que yo. Se quedó en el hotel Shermont y allí es donde estoy. Mi habitación está al lado de la suya. Iba a preguntarle si usted se trasladaba al hotel cuando oí que estaba hablando por teléfono a un tal Corcoran. Le citaba aquí. Dijo que todo estaba preparado. Le nombró a usted y añadió que todo había salido bien y que el *sheriff* y los demás estaban de acuerdo en representar no sé qué comedia. Todo esto, referido a usted, me interesó bastante. Nunca olvidaré el favor que me hizo en aquella ocasión. Para usted no era nada, pero para mí significó mucho... Por eso presté mayor atención y me

quedé observando lo que pasaba. No sé si le he ayudado o no.

—Más de lo que supone —murmuró Irwing tratando de asimilar la imagen del hombre que le abría una puerta a la esperanza.

Sin embargo no legraba asociarlo con ningún conocido.

Se volvió discretamente. Una luz indirecta iluminó las facciones de su comunicante. Observó unos rasgos absolutamente normales, y una mirada afable, amistosa, deseosa de ser útil.

—Le agradezco mucho lo que me ha dicho, señor...

—Kurt —silabeó el otro—. Simón Kurt.

—¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo?

—Sí. Conozco un lugar muy a propósito —replicó Kurt.

El lugar a propósito era el cementerio.

—Están entre las tumbas de la parte Sur —dijo la voz de uno de los hombres que habían seguido a Irwing y a su circunstancial amigo Simón Kurt.

—Bien. Creo que ya podemos irnos —replicó el compañero del que había hablado.

Y entretanto Kurt e Irwing continuaban dialogando.

—¿Qué es lo que le ocurre en realidad, señor Kelly?

Irwing no contestó. Quedó pensativo. ¡Por fin tenía alguien que estaba de su parte!

Cuando habló con Simón Kurt lo hizo como si pensara en voz alta.

—Creo que ya sé lo que pretenden. Pero no logro comprender cómo... Se interrumpió.

Algo o alguien se había movido entre las tumbas.

—¡Cuidado! —susurró a su compañero.

Una sombra surgió un instante esgrimiendo una pistola. Sonó una detonación...

—¡Por ahí! —exclamó Simón indicando un panteón.

Una nueva detonación les advirtió que su agresor continuaba al acecho.

—¿Lleva usted armas? —preguntó Simón.

—No. No las llevo.

—Pues habrá que largarse. No me seduce la idea de que alguien me salte la tapa de los sesos.

El que había disparado se acercaba con sigilo. Simón asomó un momento y advirtió a Irwing del peligro.

Irwing tomó la delantera por el lado opuesto de su atacante y consiguió ganar una hilera de tumbas. Se pegó al suelo y contuvo la respiración jadeante.

Le pareció ver como una sombra corría hacia el otro lado. Y sonó un nuevo disparo.

Hubiera querido gritar pero se abstuvo de hacerlo para impedir que el asesino en potencia pudiera descubrirle.

Otra sombra saltó hacia el lugar donde había huido la primera.

«Simón... —pensó—. Se ha largado y ahora el del revólver le sigue».

Se incorporó y procurando no hacer ruido avanzó nuevamente hacia el panteón.

Aguzó el oído y sólo pudo percibir el incipiente ulular del viento del desierto.

Pensó que el peligro había pasado. A lo lejos un automóvil parecía alejarse.

—Es Kurt —se dijo y miró en derredor. Sólo tumbas. Tumbas y ese silencio escalofriante de los cementerios.

Encendió un cigarrillo y exhaló una bocanada de humo. Mantuvo la cerilla encendida por espacio de unos segundos y se chamuscó el dedo. Sus ojos se habían posado en la inscripción de la placa pegada en la pared junto a la puerta del panteón. Era una lápida. Dejó caer el cigarrillo mientras con ojos dilatados releía el texto:

Irwing A. Kelly
1944-1976

¡Era él!

¡Se suponía que dentro de aquel panteón estaba enterrado su cuerpo!

CAPÍTULO X

El letrero luminoso indicó la prohibición de fumar y la obligación de sujetarse los cinturones. El avión de Las Vegas estaba próximo a tomar tierra en el aeropuerto de Los Ángeles.

Irwing Kelly era uno de los pasajeros de ese avión.

Había pasado la noche con Lee, a la que había convencido para quedarse en el local.

Recordaba aún la extrañeza de la muchacha.

—Pero ¿qué demonios te pasa? Llevo siglos sin verte y de pronto apareces y me impides que vaya a dormir... Luego la muchacha se rió de aquel modo sofisticado que en ella resultaba de lo más natural. Después su voz recobró su tierna persuasión y comenzó a darle masaje en la nuca y en los hombros.

—Anda. Cuéntale a tu gatita lo que te sucede. ¿Tienes miedo?

—No. No es miedo, Lee. Y dudo que pudieras comprenderme...

—¿Una pelea con tu mujer?

—Ojalá se tratara de eso.

—Bueno, estás aquí. Necesitas compañía. ¿Eh? ¿Pero por qué no ir al hotel? Temes que puedan verte. ¿Eh? Quieres engañar a tu mujer pero no deseas que nadie lo sepa... —Rió—. Es natural.

El la miró en silencio. ¡Cuán lejos estaba Lee de la verdad! Lo último que deseaba en aquellos momentos era hacer el amor con la muchacha, y no porque hubiera dejado de gustarle. La verdad es que Lee seguía tan bonita, tan atractiva y atrayente como siempre, quizá aún más guapa, pero él. —Irwing— tenía demasiadas preocupaciones y no podía confiar en que la muchacha las comprendiera porque Lee era de esas chicas nacidas únicamente para el amor. El amor a secas. Sin más problemas ni complejos y lo que le ocurría a él era demasiado grave, demasiado... rebuscado. Sí. Quizá ésa era la palabra.

—Han intentado matarme. Eso es todo —dijo.

—¡Pues qué bien! —sonrió ella y en seguida advirtió el alcance de aquella confesión—. ¿Eh? ¿Bromeas?

—No. No bromeo. Me están empujando hacia una ratonera. Una trampa. Y cuento con muy poca gente a mi lado. No quiero hablar de eso ahora. Necesito descansar y pensar un poco... ¿No hay un sofá donde pueda tenderme?

—Hum... Dices que han intentado matarte y me pides un sofá para dormir. ¿Por qué no avisas a la policía?

—Déjalo, Lee, por favor. No me hagas preguntas. ¿Quieres?

—Tú lo que necesitas es tomar un trago y unas cuantas caricias. ¿Me dejas?

—No te pido que te quedes aquí. Me iré temprano. Claro que... necesito que nadie me vea.

—¿No tienes confianza en mí? —preguntó Lee en tono dolido.

—Si no la tuviera no estaría aquí contigo. Lee. Tal vez más adelante te necesite. Tú conoces a mi mujer. ¿Verdad?

—Vi las fotografías de la boda.

El sacó su cartera y extrajo una foto más reciente. Se la entregó.

—Sí. —Murmuró ella—. La reconozco.

—Bien, eso me basta por el momento. ¿Sabes? Laura niega que yo sea su marido.

—¿Bromeas?

—Hablo en serio, Lee.

—¿Se ha vuelto loca?

—No. Está perfectamente cuerda.

—¡Chico, no lo entiendo! ¿Te ha dado por escribir relatos de misterio?

—No hay ningún misterio, Lee. Al menos para mí no lo hay. Empiezo a ver claro.

—Menos mal. Si tú lo entiendes porque lo que es yo... Si no hablas más claro.

—No puedo, Lee. No puedo hablar más claro. Yo sé que soy «Yo». Y tú también... Y ese hombre del hotel, Simón Kurt, pero ellos...

Un ruido les interrumpió.

—¿Qué es eso?

—No te muevas —pidió ella.

Le dejó solo un momento. Irwing se paseó nervioso.

Lee regresó.

—Nada. No hay nadie. Debió ser un gato. Hay algunos por aquí. Se ve que hay ratones en la bodega. Anda, descansa. —Le besó suavemente en la boca y lanzó un suspiro añadiendo—. ¡Qué lástima! Me hubiera gustado... —Luego añadió—: Me quedaré contigo. Así podrás dormir a gusto.

No descansó demasiado, la tensión se lo impidió. Tenía que reflexionar muy bien sobre sus próximos pasos.

—En los Ángeles —murmuró para sí— no podrán seguir con la comedia. Allí nos conoce demasiada gente.

Por la mañana, antes de amanecer, llamó al hotel y preguntó por Simón Kurt.

Al oír la voz del que decía ser amigo suyo le tranquilizó.

—Menos mal, señor Kelly. Me tenía usted preocupado.

—Yo también lo estaba por usted.

—Verá, anoche, tal como estaban las cosas, era mejor que cada cual se largara por su lado. Creo que le hice un favor. El tipo del revólver me siguió a mí. Afortunadamente no pudo alcanzarme.

—¿Pudo verle usted? —inquirió Irwing.

—Dadas las circunstancias procuré que no se aproximara. Usted ya me entiende. ¿No?

—Sí, claro, claro.

—¿Dónde diablos está usted, señor Kelly?

—En Las Vegas —mintió—. Es posible que no me vea en unos días. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Estaré un par de días aquí. Luego tengo que irme a Los Ángeles. Si no nos vemos antes ya sabrá de mí. No se preocupe.

—Quizá le necesite.

—Sabe que puede contar conmigo. ¿Necesita algo ahora?

—No, Kurt. Gracias por todo...

Después Lee se cercioró de que en la calle no había nadie y así Irwing pudo salir y dirigirse hacia donde había dejado el automóvil con el que se trasladó a Las Vegas.

Ahora estaba ya en Los Ángeles, dispuesto a dirigirse a su casa y de allí a la compañía.

—Veremos hasta dónde piensan llevar esto —se dijo cuando tomó el taxi y dio las señas de su casa.

Dio la vuelta a la llave y penetró en el amplio *hall* de su apartamento. Eran poco más de las ocho de la mañana. El silencio era absoluto y la mullida moqueta ahogaba sus pisadas. Tiró la gabardina sobre una silla y se encaminó hacia el dormitorio. Dudó antes de abrir la puerta. ¿Encontraría a Laura durmiendo todavía?

Empujó suavemente la hoja de madera y la luz del ventanal protegido por el fino cortinaje le permitió ver la estancia en perfecto orden. La cama estaba hecha.

Se despojó de la corbata, la chaqueta y la camisa y cuando procedía a quitarse los pantalones se abrió la puerta.

Se volvió para ver a Laura en el umbral.

Indudablemente la muchacha se llevó un susto. Le miró un instante como si tratara de recobrar el habla y al fin exclamó:

—¡Dios mío! ¡No te había oído! ¿Cuándo has llegado? Menudo susto me has dado... Irwing la observó serenamente. Ahora ella ya no fingía. Le hablaba con absoluta naturalidad. Y también con una cierta intriga en su mirada.

—Bueno. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Por nada, cariño. Supongo que por nada —sonrió él y se acercó para besarla.

Ella aceptó el beso como la cosa más natural entre marido y mujer.

—¿Has regresado hoy? —murmuró ella avanzando hacia el armario—. Por poco me encuentras en la cama. Pero tenía el presentimiento que vendrías. Estoy aún sin vestir. Irwing observó la vaporosa bata transparente que cubría la desnudez de su mujer. Estaba realmente hermosa y se comportaba con absoluta normalidad.

Se volvió de pronto y sonriendo preguntó:

—Bueno... Si sigues mirándome... Harás que me ruborice...

El terminó de quitarse los pantalones y se aproximó:

—Deseo estar contigo. —Hizo intención de abrazarla—. Estos días no hemos podido...

Ella le rehusó suavemente.

—Bueno... Deseo hacer el amor. Estás muy bella.

—¡Oh, Irwing! Sabes que no puedo... Tal vez mañana o pasado. Ya sabes...

—¿Qué es lo que sé?

—¡Vamos, Irwing! No te hagas de nuevas. Yo soy la primera que lamenta eso. Ya hablé con el médico. ¿Recuerdas? Es una vez al mes... Me cogen esos dolores tan fuertes...

Por esa razón no pude ir contigo a Shermont. No me encontraba bien.

—¡Ah!, Por eso no me acompañaste a Shermont, ¿eh?

—¡Irwing! ¿Qué te pasa? ¿Es que no lo recuerdas?

El sonrió. Le acarició los hombros.

—Mi querida Laura. Nunca sabrás hasta qué punto te quiero. No. No lo sabrás, sin embargo creo que ha llegado el momento de que tú y yo tengamos una conversación.

¿Verdad?

—¿De qué hemos de hablar?

—Puedes empezar tú.

—¿Y de qué quieres que te hable?

El la miraba sin apartar los ojos de la mujer. Laura resistía su mirada.

—De Shermont.

—¿Shermont?

—Vamos, Laura. Sin miedo. ¿Qué pasa? Sé sincera y yo también lo seré.

—Por favor, Irwing. —Esta vez Laura bajó la mirada. Se separó de él y se volvió hacia un lado—. No te entiendo. De veras... Llegas de pronto y... ¿te encuentras bien? —Perfectamente. Ahora me encuentro perfectamente—. Intentó aproximarse pero ella le esquivó yendo hacia la puerta.

—Te prepararé un bocadillo y tu vino preferido. Anda ve a bañarte. Haces una cara. Mírate al espejo. Apuesto a que estos días apenas has dormido. Lamento no haber estado contigo —y desapareció.

«Finge a las mil maravillas, pero empieza a costarle dominar la situación» —pensó Irwing mientras tomaba el reconfortante baño.

Luego apareció ella con la bandeja en la que traía el bocadillo y el vino.

Llamó a la puerta y anunció:

—Desayunaremos juntos. Está preparado todo.

Irwing salió del baño enfundado en un albornoz.

—Tengo poco apetito —dijo él—. Tomó un poco de tarta

mientras ella descorchaba el vino.

—Brindemos por tu regreso. Para que las cosas sigan bien como hasta ahora...

—Y por nuestro amor —murmuró él.

Después de beber, ella preguntó:

—¿Vas a la oficina?

—Primero tengo que hacer algo.

—Bien. Yo me vestiré. Esta mañana quería ir a comprar unas cosas. ¿Vendrás a comer?

—Desde luego.

—Entonces te dejo.

—¡Laura!, ella estaba ya en la puerta con la bandeja del desayuno. Se volvió.

—¿Qué?

—¿Te hablé alguna vez de un hombre llamado Simón Kurt?

—No.

—Dice que me conoce. Lo encontré en Shermont.

Esperaba ver su reacción, pero Laura se encogió de hombros con naturalidad.

—¿Y qué?

—No. Nada.

Se dirigió a su despacho privado desde el propio dormitorio y buscó su libreta de cubiertas rojas. La tenía encerrada en el segundo cajón de la derecha. La abrió. Deseaba recordar cómo había conocido a Simón Kurt. Si había tenido algo que ver, lo tendría anotado.

Fue pasando las páginas hasta que al fin encontró lo que buscaba.

«Un empleado de la Agencia de San Francisco llamado Simón Kurt, me pidió dinero. 1009 dólares. Se los presté. Tiene a su hija enferma y necesita un tratamiento especial. Parece una buena persona».

Algunas páginas más adelante había otra anotación. «Simón Kurt ha venido a devolverme la mitad de lo prestado. Me dijo que su hija había muerto. Lo siento por él».

Y más adelante una breve anotación.

«Simón Kurt me ha mandado un cheque cancelando el préstamo que le hice».

Cerró la libreta y murmuró para sí:

—Bueno... Ahora tengo que pensar lo que más me conviene.
Porque esa nota...

Se pasó la mano por la frente como si quisiera borrar un incipiente dolor.

—Mi cabeza... —murmuró.

Se puso en pie medio tambaleándose.

—¡Cielos! ¡No sé qué me ocurre!

Su tez se había vuelto pálida. Notaba un creciente mareo. Trató de dar unos pasos, pero las piernas se negaron a obedecerle.

—¡No! —gritó antes de caer sobre la moqueta.

Laura entró en aquel instante y se aproximó a él:

—¡Irwing! ¡Irwing!

Llamó sin resultado. Su marido yacía inconsciente y Laura lentamente se dirigió hacia el teléfono.

Marcó un número y aguardó unos instantes. Cuando se estableció la comunicación pidió:

—¿Doctor Wallace? Sí... Soy Laura. Mi marido... Sí, sí. Está sin sentido. Venga cuanto antes. Tengo miedo...

CAPÍTULO XI

Jud Logan estaba reunido con Bennet en la oficina. Algo no iba bien.

—¿Qué es lo que ocurre exactamente, Jud? Llevar vamos dos días sin noticias de Kelly. El asunto MacEvoy está pendiente. Tengo un montón de cosas para consultar.

—Pásemelas a mí.

—Kelly dijo que quería llevar el asunto personalmente.

—Esto no puede demorarse. Yo firmaré.

—No, Jud. Lo siento. Pero esto es personal.

—Está bien. Llama a Shermont.

—Para eso no necesito tu autorización —repuso Bennet con evidente tirantez—. Kelly no ha ido a la oficina de Shermont. Tampoco está en su casa de Los Ángeles.

—Bueno. No soy su perro guardián.

—No es necesario que emplees ese tono conmigo, Jud.

—¿Qué diablos te pasa, Bennet?

—¡Nada, déjalo!

Cuando Bennet se hubo alejado del despacho de Jud Logan, éste quedó pensativo unos momentos. Luego marcó el número de la casa de Irwing.

Tal como había dicho Bennet el teléfono sonó sin que nadie lo tomara.

Seguidamente colgó y marcó el número de la agencia de Shermont. Habló con Carol, la secretaria.

—No. No ha venido hoy —explicó la muchacha y añadió—: Parece que el señor Kelly no se encontraba muy bien.

—¿Le dijo lo que le ocurría? —preguntó Logan.

—No. Bueno, dijo que había tenido un desvanecimiento. Estuvo unos momentos en la oficina pero se marchó y ya no volví a verle. ¿Es que le ha sucedido algo?

—Eso es lo que quisiera saber —repuso Logan pensativo y añadió—: Cuando vuelva díglele que llame a Los Ángeles. Es urgente.

—Sí, señor.

Logan colgó y realizó una tercera llamada. Esta vez a la casa de Shermont. A la casa de los Kelly, allí donde Laura aseguró no conocer a Irving.

Le contestó una voz desconocida.

—Oiga. Aquí Jud Logan... ¿Es el

32-44

de Shermont?

—¿Por quién pregunta usted?

—Por el señor Irwing Kelly.

—Se equivoca de número —fue la respuesta y su interlocutor colgó.

Jud Logan no hubiera sabido decir si era voz de hombre o de mujer, aunque tuvo la impresión de que el que le había contestado se esforzó por disimular su habla.

Llamó de nuevo, pero en esta ocasión no obtuvo respuesta.

Bennet, por su parte, desde su despacho en la compañía hacia otra llamada telefónica. —Resérveme un billete. Sí. Para Las Vegas — y colgó.

Resultaba lógico que en ninguna parte dieran razón de Irwing Kelly, porque desde donde se encontraba no podía contestar ninguna llamada, ni él ni su mujer ni el hombre que les acompañaba, que era el doctor Wallace.

Los tres iban a bordo de un avión rumbo a Las Vegas, pero Irwing lo ignoraba completamente porque se hallaba inconsciente.

Un aerotaxi los condujo hasta más allá de la capital del juego, cerca ya de Shermont. El pequeño aeroplano no tuvo ninguna dificultad en tomar tierra en la gran llanura del aeródromo deportivo.

Allí con un automóvil, Irwing fue trasladado a Shermont.

Despertó mediada la tarde y en cuanto abrió los ojos tuvo la sensación de estar viviendo algo repetido. La escena era idéntica que dos días antes. Ante sí vio las imágenes borrosas de su esposa y del doctor Wallace. Le estaban observando.

Se notó atontado, pero con la lucidez suficiente para fingir.

«Están de acuerdo» —pensó.

—Creo que ya vuelve en sí —decía la mujer, su esposa.

«Fingiré que aún no estoy despierto» —pensó Irwing cerrando los ojos.

—Está aletargado. Es lógico —murmuró el doctor Wallace.

Irwing se removió fingiendo inquietud. No era todo comedia lo que estaba haciendo, pero sí había una gran dosis de fingimiento. Y siguió con los ojos cerrados. Más que ver lo que sucedía lo que le interesaba era «oír».

Tuvo la sensación de que el doctor se le aproximaba, y comprobó que estaba en lo cierto cuando el hombre le tomó el pulso.

—Empieza a normalizarse. Pronto estará despierto. ¿Quiere que me quede?

—Sí, por favor. No me deje ahora. Tengo miedo.

—Todo irá bien.

—¿Cree que...? —empezó ella.

Wallace guardó silencio.

—Tengo miedo —repitió ella—. Quisiera que todo hubiese terminado ya.

—Eso no depende de mí —repuso Wallace con sequedad.

Irwing deseaba oír más cosas, saber a qué obedecía toda aquella comedia, o confirmar lo que había empezado a sospechar desde el día anterior.

«Si es lo que temo... de nada habrá servido lo que he hecho... Ella no me aceptará jamás. Lo presiento. Presiento que no volverá a aceptarme. Tendré que decir la verdad, pero no van a creerme... Nadie va a creerme. Me están preparando la trampa. Lo sé... Tengo que hacer algo. Lo primero hablar con Laura, pero a solas. Ojalá se marchara el doctor ahora mismo. Luego tengo que ajustar las cuentas a alguien... o quizá no... No... Mi plan era otro. Era otro...»

El silencio seguía a su alrededor y el paciente seguía pensando en sus cosas.

«Quizá... quizá Lee y Simón Kurt me sirvan. Ellos pueden ser mi baza. Sobre todo Lee. Lee me conoce bien. Me conoce incluso antes de que yo empezara a tontear con Laura... ¡Laura! Quizá ella está de acuerdo con el granuja que empezó todo esto. ¡Oh, no! Laura

debe estar al margen. Ella actúa obligada por alguien. Necesito pensar bien lo que debo hacer. No puedo acusar a nadie. Sería muy difícil probarlo todo porque el culpable jamás confesará...»

La voz de Wallace interrumpió sus pensamientos.

—Tengo que irme.

—No se vaya aún —pidió ella.

—No tema. No le ocurrirá nada.

—¿Y qué voy a decirle? No puedo repetir la misma historia del desvanecimiento. Además, «él» sabe que estaba en Los Ángeles.

«Es verdad —pensó Irwing para sí—. Yo estaba en Los Ángeles. Han vuelto a trasladarme...»

—En su estado tendrá que creer lo que usted quiera —replicó el médico.

—Se equivoca, doctor. No aceptará esa mentira.

—Pruebe. Siempre le queda el recurso de llamar al *sheriff*. Por eso le hemos trasladado. Aquí es más fácil seguir el juego. Hay menos gente y se puede controlar todo.

¡Ah! Y no crea que a mí me guste todo esto.

—¿Cree que a mí sí? A veces pienso... No sé... Es tan difícil de explicar lo que siento.

—La comprendo.

—No. No lo comprende usted.

Wallace pensó unos momentos y después de chasquear la lengua preguntó:

—¿Quiere pasar la noche en mi casa? Vamos. No lo piense. Recoja sus cosas.

—¿Y cuándo despierte? —inquirió Laura.

—Eso ya no es cosa nuestra. La espero en el coche. No tarde. Es todo lo que puedo hacer por usted.

—Gracias, doctor. Y Laura se apresuró a poner en la maleta lo poco que había sacado.

Wallace había salido ya de la casa. Irwing había decidido ya lo más conveniente. Abrió los ojos, se incorporó y llamó a su mujer.

—¡Laura!

Ella tuvo un sobresalto.

—No te asustes. Necesito hablar contigo. —Salió de la cama con el pijama que alguien le había puesto.

—¡Ah! Lo siento. Creí que...

—Hace rato que estoy despierto. —Avanzó hacia ella, que retrocedió asustada—. No tienes nada que temer de mí, Laura. Te lo juro. Te doy mi palabra. No podría hacerte ningún daño. Hablemos... Dile a Wallace que has decidido quedarte.

Ella vaciló.

—Anda, hazlo. No te arrepentirás. Quiero terminar con esto de una vez.

Ella tenía la espalda contra la pared. El estaba muy próximo, pero no hizo nada por tocarla.

—Yo...

—Sé que me habéis narcotizado. La otra vez no estaba seguro. Pensé que había tenido una recaída, pero ahora he oído bastante... Además hay otra cosa. Anoche aquí en Shermont... vi mi propio nombre en un panteón del cementerio.

Los ojos de su esposa se dilataron.

—No te asustes —sonrió él de modo persuasivo.

En el exterior, el doctor Wallace había puesto en marcha el motor del automóvil. Consultó su reloj y miró hacia la casa. La parte delantera estaba casi a oscuras.

De pronto sonó el estampido inconfundible de un disparo. Wallace se volvió perplejo.

Dudó unos segundos hasta decidirse a entrar en la casa.

—¡Laura! —gritó al entrar—. ¡Señora Kelly!

Subió corriendo a la habitación y cuando entró fue testigo de la trágica escena. Laura yacía en el suelo con una mancha de sangre en el pecho. Frente a ella con cara de asombro se hallaba Irwing. Sobre la alfombra un revólver.

Wallace corrió hacia la muchacha, la examinó unos momentos y exclamó:

—¡Está muerta! —Y miró significativamente a Irwing que negaba con la cabeza.

—Yo no he sido. Yo no he sido. ¡Maldita sea!

Wallace seguía mirándole y retrocediendo a la vez. En su rictus de su boca parecía adivinarse un adjetivo: ASESINO.

—Era mi mujer. ¡Mi mujer! No, yo no he sido.

—No podrá escapar, amigo. No podrá. Le cogerán y esta vez no tendrán que andarse con rodeos.

Irwing reaccionó lanzándose furioso contra el doctor al que

logró alcanzar y comenzó a zarandearle asido de las solapas.

—¿No comprende, estúpido, que si yo la hubiera matado a ella, acabaría también con usted?

—De nada le serviría. No tiene usted escapatoria.

Irwing le empujó con fuerza. Miró a su mujer y en unos instantes se hizo cargo de cuál era su situación. Fue a por su ropa. Tenía que salir de allí.

Wallace lo hizo apresuradamente, mientras Irwing se enfundaba la ropa para poder salir a la calle.

En aquellos momentos sonó el teléfono.

CAPÍTULO XII

Al otro lado del hilo telefónico sonó la voz de Bennet.

—¿Eres tú, Irwing? Menos mal que consigo localizarte. Necesito hablar contigo. ¿Estás bien?

—¿Desde dónde llamas, Bennet?

—Desde el hotel. Acabo de llegar. Me han dicho que no has aparecido en todo el día por la agencia. ¿Puedo ir a tu casa? Bueno, tendrás que decirme por dónde se va. Yo no he estado nunca.

—No. Aquí no. Es mejor que vayas a... ¡Espera! Necesito un coche.

—¿No tienes? Yo he alquilado uno en Las Vegas.

—Entonces ven a buscarme. Te diré dónde. ¿Me escuchas...?

Momentos después Irwing salía de la casa. Echó a correr con todas sus fuerzas evitando la carretera. Había citado a Bennet en un camino secundario a bastante distancia de la casa, presintiendo que pronto iba a llenarse de policías.

Seis minutos más tarde vio detenido el coche de Bennet. Entró en él jadeante. —¿Qué te pasa?—. Bennet estaba realmente extrañado. —Pon el coche en marcha. Ya te explicaré.

—¿Dónde vamos?

—Al Saloon Marilyn. Creo que es el único lugar seguro para mí.

—Desde hace un par de días que vengo sospechando que algo anda mal. Tú parece confirmarlo. ¿Qué es lo que pasa? Sabes que puedes confiar en mí...

Irwing trataba de acompañar su respiración. Bennet prosiguió:

—Aunque nombraras a Jud Logan tu brazo derecho, yo sigo apreciándote como siempre, Irwing. Te lo digo porque desde hace tiempo no tenemos muchas oportunidades de hablar.

Y ante el silencio de Irwing, Bennet añadió:

—Bueno, si se trata de algún secreto.

Por fin Irwing soltó:

—Han asesinado a mi mujer.

—¿Qué?, ¿cómo...? ¿Cuándo?

—Muy poco antes de que tú llamaras... Ahora van a acusarme a mí.

Por la carretera principal se oía la sirena de un coche de la policía.

Bennet comprendió.

—Dime lo que puedo hacer, Irwing.

—De momento nada. Sólo puedo decirte que tu presencia puede serme muy útil.

—Estamos llegando. ¿Dónde está ese *saloon*?

—Tienes que dar un rodeo. Yo te diré donde debes detenerte. Entraremos por la puerta de atrás. Conozco el camino.

Minutos más tarde los dos hombres entraban furtivamente por la parte trasera del local.

Irwing le indicó:

—Tú ve a la sala, siéntate como si fueras un cliente y pregunta por Lee. Di que es urgente. Cuando puedas hablar con ella dile que necesito hablarle.

—¿Dónde?

—Estaré debajo del escenario. Ven tú con ella. Y sobre todo cuando le hables de mí no lo hagas en voz alta. No tardarán en buscarme, pero antes necesito que sepáis algo.

Antes de cumplir con el encargo que acababa de darle Irwing, Bennet preguntó:

—¿Sabes quién ha matado a tu mujer?

—No le he visto. Disparó desde dentro de la casa y huyó. Me quedé paralizado. Cuando intenté seguirle ya había huido.

—Pero sospechas de alguien.

—Sí, Bennet. Estoy seguro que sólo puede tratarse de una persona... Pero necesitaré pruebas.

Bennet asintió y seguidamente se encaminó hacia la sala.

Al terminar el número de las chicas, se encaminó hacia los vestuarios y preguntó a una de las muchachas.

—Busco a una chica que se llama Lee.

La muchacha gritó:

—¡Eh, Lee! Preguntan por ti.

—¿Es usted quien pregunta por mí?

—Sí. Hay alguien que desea verla.

—¿Alguien? —Y con un presentimiento Lee exclamó—: ¡Irwing!

—¡No grite! —advirtió Bennet en un susurro.

—¿Ha vuelto?

—Está debajo del escenario. Si me acompaña iremos juntos.

—Ahora no tengo mucho tiempo. Dígale que espere... ¡Oh! Veo que sigue escondiéndose. ¿Por qué no avisa a la policía?

—El debe confiar mucho en usted... —Por eso Bennet añadió—: Creo que debe saberlo. Han asesinado a su mujer y teme que le acusen a él.

La rubia ahogó un silbido, mientras Bennet le preguntaba:

—¿Tardará mucho?

—No. No mucho. ¡Qué líos, madre mía! Bueno, dígale que estaré pronto con él.

—¿Por dónde se baja al sótano?

—Quédese en la sala. Yo le llamaré después cuando termine. ¿De acuerdo?

Bennet asintió y cuando regresó a la sala vio a un par de agente del *sheriff* que por la forma de mirar a la clientela parecía que estaban buscando a alguien. A Bennet no le pasó por alto el detalle, pero fingió interesarse únicamente por el espectáculo.

Otro policía, aunque no perteneciente a la plantilla de Shermont, había entrado también en el local. Bennet no le conocía, pero Irwing hubiera podido identificarle en seguida. Era Bill Corcoran. Su buen amigo y excompañero de Universidad Bill Corcoran, pero a juzgar por las circunstancias el capitán de la brigada de Homicidios de Frisco no estaba en Shermont en plan de amigo.

—Aquí no está —le estaba diciendo uno de los agentes del *sheriff*.

—Ni en el hotel tampoco. De esto estoy seguro —repuso Corcoran sin dejar de mirar a un lado y a otro—. No puede habérselo tragado la tierra. Además, no llevaba coche. Sigán buscándole. Que no se les escape.

—Conocemos nuestra obligación, señor. Además, ahora hay un crimen y este asunto es nuestro —dijo uno de los agentes con acritud que no pasó inadvertida al policía de San Francisco.

—Primero encuéntrénle.

Y uno de los agentes insinuó:

—Al cementerio. Anoche tuvo que ver la tumba. Es posible que haya vuelto.

—¿Seguro que no ha tomado ningún taxi? —inquirió Corcoran.

—Nos lo habrían dicho —repuso el agente que había hablado antes.

—Pues no sé cómo habrá llegado. Es al otro extremo del pueblo y queda muy lejos. Quizá ha robado un coche. Bien, encuéntrale, yo vuelvo al hotel por si se le ocurre ir a ver a Simón Kurt. Es el único al que acudirá tarde o temprano.

Y Corcoran salió detrás de los agentes sin sospechar lo cerca que estaba de Irwing.

Irwing seguía en el sótano a través de cuyas tablas llegaba el ruido de las pisadas de las muchachas y los compases de la música.

Lee había vuelto al escenario con un nuevo número. Y Bennet aguardaba.

Y en el hotel, Corcoran recibía una llamada del *sheriff*.

—Capitán Corcoran. He recibido una llamada anónima. Creo que no perderemos nada comprobándola. La voz que me ha llamado asegura que Irwing ha entrado en el *saloon* de Marilyn por la puerta trasera.

—Ahora regreso de ahí. Sus hombres también han estado.

—No espere encontrar a Kelly viendo el espectáculo. Si está ahí se habrá escondido. Yo voy para allá.

—Allí nos encontraremos, *sheriff* —repuso Corcoran.

Lee había terminado su número y desde la puerta lateral del escenario hizo una seña a Bennet indicándole que fuera con ella.

Corcoran y el *sheriff* entraban en aquellos momentos. El representante de la ley de Shermont indicaba:

—Habrá que efectuar un registro a fondo, pero con cautela. Claro que no voy a enseñarle el oficio. ¿Quiere elegir?

Corcoran eligió la zona del escenario.

—Si necesita ayuda avíseme como pueda. Yo haré lo mismo —dijo el *sheriff*.

Y Bill Corcoran siguió el camino de los vestuarios.

Bennet, siguiendo a Lee, ya en la escalera que descendía hacia el

sótano, susurró:

—¿Hay alguna otra salida?

—Que yo sepa, no. Pero aquí no creo que nos busquen.

—Hay un policía. Seguro que es un policía. Antes estuvo aquí y ahora le he visto acompañado del *sheriff*. Se dirige hacia los vestuarios.

—Cierre la trampa —le indicó ella señalando la parte alta de la escalera.

Bennet asintió. Subió unos peldaños y al regresar murmuró:

—Ese tipo está haciendo preguntas a las chicas. Creo que me ha visto.

—Bueno, ¡y qué! ¿Sabe que usted es amigo de Irwing?

—No.

Ella se encogió de hombros y descendió hasta el final. La oscuridad quedaba rota por la luz que se filtraba de algún lugar del escenario.

Irwing se había habituado ya y pudo ver a la muchacha seguida de Bennet.

—Esto no es muy agradable —murmuró Irwing.

—No hables. Es mejor guardar silencio —aconsejó Lee—. Tu amigo ha visto a un policía.

Está preguntando a las chicas.

—¿Es un agente del *sheriff*? —preguntó Irwing.

—No —replicó Bennet—. Es un tipo alto, bastante corpulento. Lleva un traje corriente.

—¿Muy alto? Corcoran. Es Bill Corcoran.

—¿Le conoces? —preguntó Lee.

—Es amigo mío. Aunque no me busca por amistad precisamente. En realidad ya no es necesario que me esconda.

En aquellos momentos alguien abrió la trampa de la escalera. El foco de una linterna barrió los peldaños. Irwing avanzó al tiempo que gritaba.

—Estoy aquí, Bill. Voy a salir. No te molestes más en buscarme. Lee y Bennet se miraron sorprendidos. Irwing iba a entregarse.

CAPÍTULO XIII

El *sheriff* de Shermont, de apariencia campechana, fue testigo de la confesión de Irwing Kelly. Con él se encontraban Bill Corcoran y por expreso deseo del propio Irwing también se hallaban presentes Bennet y Lee.

—No sé quién es usted —había empezado Corcoran—. Pero una cosa es segura. Mató al verdadero Irwing Kelly y hace poco ha asesinado a su esposa. Nos faltaban pruebas para acusarle del primer asesinato, por eso urdimos una especie de comedia, para acorralarle y obligarle a confesar o por lo menos a dar un paso en falso, pero ahora asesinando a Laura se ha delatado a sí mismo...

—Te equivocas, Bill. Te equivocas de medio a medio, pero no es tuya la culpa si piensas que yo no soy Irwing Kelly.

—Sí. Sé lo que va a decir. Tiene una cicatriz exactamente igual que Kelly y en el mismo sitio. Y conoce bastantes de sus interioridades...

—Y cosas de la Universidad, Bill. ¿Por qué no empiezas a hacerme preguntas? Quizá mi memoria falle, pero seguramente podré darte detalles convincentes...

—Eso es precisamente una de las cosas que quiero que me cuente. ¿Cómo averiguó todo lo de Kelly?

—Porque soy Kelly, Bill. Porque soy Kelly... El mismo que sufrió un accidente al día siguiente de su boda. El mismo que fue internado en un hospital de París y posteriormente fue trasladado a una residencia de Neuilly. Una pequeña residencia que prácticamente es utilizada sólo para llevar a los incurables... Allí fui a parar yo sin que nadie lo supiera. Si queréis prestar atención conoceréis toda la historia. Parece imposible que estas cosas puedan ocurrir, pero puedo dar fe que todo lo que voy a decir es la auténtica verdad...

Tras una pausa comenzó.

Empezó primero con la noche anterior de la boda en compañía de Lee, lo cual corroboró la muchacha.

—En mi libreta quedó constancia.

—Eso no prueba nada —repuso el policía—. Ha tenido tiempo suficiente para leer todo lo que estaba escrito en la libreta.

Y Corcoran se la mostró.

—¿Por qué la tienes tú?

—Antes de que empiece a contar nada, debo advertirle de algo...

—Que todo lo que diga podrá ser utilizado en contra mío.

—Eso por supuesto. Pero hay algo más que quizá le ahorrará inventarse ninguna historia.

—No hay nada que inventar, Bill.

—¿No, eh? Sin embargo, usted aceptó como buena la amistad de Simón Kurt. La, aceptó como buena porque lo vio anotado en la libreta de cubiertas rojas, pero la verdad es que jamás había visto a ese hombre...

Y a una seña del *sheriff* entró en la estancia Simón Kurt.

—Voy a presentárselo. Es el agente Kurt. Simón Kurt, de la policía de San Francisco.

—Debí figurármelo —sonrió Irwing con amargura—. De todos modos no tenía opción. Y lo sabrás cuando conozcas la historia.

Corcoran añadió:

—Cuando se suplanta a alguien se corre el riesgo de dar credibilidad a todo lo que desconocemos. Y gracias al *sheriff* que nos ayudó con su colaboración le teníamos casi cogido. Lástima que haya pagado la pobre Laura...

—Sí. Eso soy yo quien más lo siente...

—Está bien. Siga con su papel. Estoy dispuesto a escucharle...

Tras un silencio Lee interrumpió.

—¿Cómo puede decir que ese hombre no es Irwing Kelly? ¡Si lo sabré yo!

—Si no guarda silencio, señorita Lee, me veré obligado a echarla de aquí —repuso el *sheriff*.

—¿Por qué? Si es verdad. Una mujer no olvida nunca ciertas cosas. El modo de besar, el modo de hacer el amor... —Y ante la mirada severa del *sheriff*, protestó—. Bueno, ¿qué? Somos todos mayores de edad, ¿no? ¿Qué hay de malo en hacer el amor? Irwing y yo siempre nos entendimos perfectamente. Cuando hay

compenetración mutua es difícil que a una puedan engañarla... Yo les digo que ese hombre es Irwing...

El *sheriff* iba a decir algo.

Pero Corcoran se anticipó.

—Un momento... Un momento. Precisamente fue Laura la que notó que ese hombre no era su marido.

—Me lo suponía —adujo Irwing—. Fue ella. Tuvo que darse cuenta... Pero tenía que correr el riesgo... La verdad es que la pobre Laura ha estado viviendo durante un año con un hombre que no era yo... Un hombre idéntico a mí que suplantó mi personalidad, mientras yo estaba en Neully...

Todos los reunidos tenían los ojos y los oídos puestos en Irwing Kelly.

CAPÍTULO XIV

—Empezaré diciendo que descubrí la verdad hace muy pocos días. Para mí todo había terminado el día que sufrí el accidente. Todos saben que permanecí mucho tiempo inconsciente, pero lo que ignoran es que no me recobré al cabo de tres meses, sino que estuve cerca de un año...

»Alguien que se dice amigo mío encontró a una persona de facciones casi idénticas a las mías. Tan parecida era que bastaron unos retoques de cirugía plástica para que quedara convertido en mi vivo retrato.

»Respecto a la voz, hoy en día tampoco representa un problema para la ciencia cambiar el tono de una persona y cuando hay mucho dinero a ganar, la inversión es lo de menos porque los beneficios compensarán con creces.

»Pensando de este modo, ese “amigo mío” decidió que mi doble, ocupara mi lugar en *Marketing* Publicidad. Con mi cara y mi nombre sería el hombre de paja ideal. Para todos seguiría siendo Irwing Kelly, pero en realidad sería quien le proporcionó el puesto quién cobraría los beneficios».

Bennet se removió inquieto, pero Irwing lanzado en su relato ni lo advirtió y siguió su monólogo.

—Naturalmente toda esa trama sólo podía manejarla alguien que me conociese bien y pudiera aleccionar a la persona que había de ocupar mi lugar.

»A los tres meses, mi doble ya estaba en condiciones de ocupar mi puesto, pero entonces hacía falta cubrirse bien, hacerme desaparecer. Yo, por aquellas fechas, había recobrado el sentido, pero no la memoria. Era prácticamente un idiota irrecuperable. Por eso me habían trasladado a Neully. Allí solían visitarme psiquiatras, y no sé cuántos profesionales y practicantes. La verdad es que ellos mismos no tenían grandes esperanzas de que me recuperara...

»Pero vayamos a lo que importa... No sé si se enteraron ustedes de que se produjo un incendio. Acumulación de gases que produjeron explosión. Se dijo posteriormente que había sido provocado, pero jamás se supo por quién.

»No éramos muchos allí, pero la mayoría perecieron, Es evidente que yo logré escapar, no sé cómo. Tengo una visión remota de todo aquello. Siempre que pienso en aquel día lo recuerdo todo como a través de una niebla... Pero salí de allí. Salí vivo, aunque sin duda me dieron por muerto.

»Lógicamente la dirección del Centro mandó un comunicado, pero alguien, la mano negra que me hizo suplantar, había tomado sus medidas para interceptar toda la posible correspondencia que llegara desde el hospital francés. De este modo la noticia de mi muerte, no llegó a oídos de Laura, que para ella yo llevaba ya unos días a su lado y si al principio pudo notarme algo cambiado, lo achacó al accidente. Por otra parte ella y yo nunca habíamos hecho el amor antes de casarnos, ni tampoco nos mostramos demasiado apasionados al besarnos. Siempre pensé en dedicarme plenamente a ella después de la boda.

Lee interrumpió para decir:

—Eso es cierto. Irwing juró que siempre le sería fiel.

—Y así, mientras alguien ocupaba mi puesto en la compañía y en mi casa, yo andaba errante sin saber ni siquiera cuál era mi nombre. Viví en la campiña entre labradores. Me gané la vida haciendo de todo. Para ganarse un lecho de paja en un cobertizo y un plato caliente al día no hace falta tener un carnet.

Otra pausa y en seguida Irwing prosiguió:

—Un día, sin que nadie me golpeará la cabeza como suele ocurrir en las películas, recobré la memoria. Fue de repente, después de una noche agitada entre mugidos de vacas y balar de ovejas. No fue necesario tener otro accidente, ni discutir, ni pelearme.

Fue pronto.

«—¿Qué hago aquí? —me dije.

»Y en seguida recordé el accidente que no había podido evitar...

»No consigo recordarlo todo, pero... de esto hace ya tiempo.

»Salí como un loco y pregunté la fecha en que estábamos. Hasta entonces nunca me había preocupado por el día que vivíamos.

Tanto me daba un lunes como un jueves. Ni siquiera me importaba el mes del año.

»—¡Qué le pasa a éste! ¿Habéis visto qué cara pone? —dijo uno de los hijos de la casa.

»Creo que conseguí asustarles, pero no me importaba. Ellos no hubieran comprendido nada. Salí corriendo. Mi primer pensamiento fue para Laura. Le llamaría a ella...

»¡Dios mío! Voy a darle un buen susto... —pensé mientras me dirigía al pueblo más cercano—. Ella debe pensar que estoy muerto...

»Sí... Recordaba también, aunque con evidentes lagunas, mi estancia en Neully y su posterior incendio.

»—No —me dije—. Será mejor que llame a la compañía. Necesito que me manden dinero.

»Eso tampoco era muy necesario. Yo había abierto una cuenta en París mediante una transferencia. Era el dinero que pensaba gastar en mi luna de miel. Así que de momento me trasladé a París y fui al Banco... Bueno, no fue así exactamente.

Irwing recordó como dándose cuenta de su estafalario aspecto decidió quedarse en Neuilly sur Seine.

Con los pocos ahorros alquiló una habitación para un par de días. Pagó al contado ante la desconfianza de la patrona.

Desde la pensión escribió al Banco de París para que le trasladaran sus fondos a dónde se encontraba.

—El Banco cumplió mis deseos. Mi firma era idéntica y además recordaba perfectamente el número de cuenta que me asignaron. Así que pude cobrar ese dinero, y entonces llamé a Los Ángeles.

—¿Llamaste a *Marketing*? —interrumpió Bennet.

—Sí. Y pregunté por ti o por Logan. Ninguno de los dos estabais. Pregunté por Sheridan y entonces la muchacha que me estaba atendiendo, a la que yo no conocía, me dijo: «Lo siento. En este momento el señor Sheridan no puede ponerse, porque está reunido con el señor Kelly... Le hice repetir aquello por si había entendido mal y la muchacha recalcó las mismas palabras...»

Irwing recordaba como paseando por Neuilly ya con ropas nuevas no cesó de darle vueltas a aquello.

Se dirigió a París dispuesto a regresar y esclarecer la verdad.

Desde el aeropuerto hizo otra llamada:

—¿Está el señor «Kelly»? —preguntó, y la respuesta no dejaba lugar a dudas:

—¿De parte de quién?

Lo cual quería decir que el «señor Kelly *estaba*».

Colgó sin añadir palabra.

—Cuando llegué a Los Ángeles me dirigí a mi casa con cierto temor. No tuve que esperar mucho para ver al hombre que me suplantaba. Era como mirarse a un espejo.

Una pausa para recordar como aquella misma noche vio salir a su doble acompañado de Laura.

En la habitación que alquiló en un hotel no pudo conciliar el sueño.

—Evidentemente alguien ha debido preparar todo esto... Y recordé lo del incendio provocado en la residencia de Neuilly...

»Sí. Aquel hombre que oficialmente era Irwing Kelly no hubiera podido realizar todo aquello sin ayuda de alguien que estuviera “dentro”.

»Por lo tanto me correspondía averiguar quién era ese alguien. Y sólo había una forma de saberlo...»

Relatando los acontecimientos, Irwing revivía instintivamente lo que estaba narrando. Era como volver a vivirlo.

Así volvió a recorrer con el pensamiento las mismas calles y entró en los mismos lugares, siguiendo siempre a su doble.

Durante tres días, Irwing se familiarizó con las costumbres de su doble y comprobó que prácticamente hacía lo mismo que él. Frecuentaba el Golden, un restaurante próximo a la compañía. Tomaba su vino favorito en La Cepa de Oro, y anotaba sus cosas en la libreta de tapas rojas. Esto lo supo porque espiando su casa entró en ella después de cerciorarse de que no había nadie.

Todo estaba igual que como él lo había dejado antes de la boda. La decoración no se había cambiado, ni los muebles.

Comprobó que su doble había imitado perfectamente su letra y también su firma.

Mirando el bien surtido ropero, comprobó también que los colores de los trajes y los dibujos parecían elegidos por él mismo.

Su doble fumaba también su misma marca de cigarrillos.

La bodega estaba surtida de los mejores vinos.

Luego, en la agenda, Irwing vio anotado el viaje que su «sosias» iba a realizar a San Francisco al día siguiente.

—Pensé que había llegado el momento de enfrentarme a él. Y en San Francisco, mejor que en Los Ángeles. Allí podría seguirle sin temor a encontrarme con algún conocido que pudiera vernos a los dos simultáneamente.

Así aquella mañana, Irwing se pasó por el Banco y solicitó comprobar su cuenta. Firmó la hoja de petición y no obtuvo ninguna dificultad.

—La cuenta personal estaba bastante restringida y existían unos ingresos fijos mensuales que era lógico pensar que se trataba del sueldo de mi doble.

Irwing tomó un vuelo anterior al del impostor y le aguardó en Frisco. Suponía que el falso Kelly iría a la Agencia de la compañía, como así fue.

Le aguardó hasta cerca de las seis de la tarde metido en su coche, de modo que cuando el individuo salió de la Agencia, Irwing surgió de la parte trasera proporcionándole un susto mayúsculo.

—Supongo que no esperaba esto —sonrió Irwing—. Pero no se preocupe. Ponga el coche en marcha hacia un lugar tranquilo. Tenemos mucho de que hablar.

—¿Quién es usted? —le preguntó su doble, y Irwing tuvo la sensación de que estaba oyendo su propia voz.

—No haga preguntas estúpidas. Eso debería preguntárselo yo a usted y todavía no lo he hecho.

—No sé lo que se propone. No le conozco.

—Vamos, vamos, señor Kelly... No se niegue a sí mismo... Esto no está bien.

Por unos momentos Irwing se sentía dueño absoluto de la situación: Estaba delante de un impostor y aunque estaba muy lejos de desear jugar con él, le complacía pensar que pronto descubriría la verdad de todo y sabría cómo había empezado la suplantación y conocería el nombre del cómplice.

—¿Qué es lo que desea? —insistió el falso Kelly muy nervioso.

—Le he dicho que arranque. Si nos ve alguien de la oficina, creará, que está borracho..., y a lo mejor tendremos que decirle la verdad... ¡Vamos, arranque!

Verdaderamente Kelly, el auténtico, dominaba a su antagonista.

Le tenía cogido y asustado. Por eso puso en marcha el coche y condujo hacia la zona ferroviaria, muy próxima y casi siempre solitaria.

Allí el falso Kelly cometió un error. Abrió la guantera donde guardaba un revólver. El revólver de Irwing Kelly, y éste, al advertir sus intenciones, se abalanzó hacia adelante, apartó el brazo de su rival y se hizo coa el arma.

—No compliques las cosas, imbécil, me bastaría con llamar a la policía ahora mismo..., pero hay que estudiar la forma de que cierta persona no sufra demasiado. ¿Sabes a quién me refiero, verdad? A mi mujer. ¡Tiene gracia! Mi mujer... Y no he vivido con ella ni un solo día.

—¿Usted es...?

—Soy Irwing Kelly. ¿O es que eres tan duro de mollera que no lo habías adivinado?

—¡No! No puede ser... Irwing murió.

—¿Es que no me estás viendo tú mismo? Vamos. Sal del coche. Tienes que contármelo todo. —Y le encañonó con el arma.

Bennet interrumpió el relato:

—¿Quién le llevo a la compañía? ¿Te lo dijo?

—Calma, Bennet, calma. Estoy llegando al final...

Y antes de proseguir Irwing se tomó una pequeña pausa.

CAPÍTULO XV

—Me guardé el revólver en un bolsillo —explicó Irwing prosiguiendo al fin— y caminamos juntos por la vía del tren.

—¿Y qué pasó? —preguntó el *sheriff* interesado por el relato.

—Le arrojó a la vía del tren —aventuró Corcoran—. Encontramos su cadáver aquella noche. Primero pensábamos que se trataba de un vagabundo. Lo examiné de forma rutinaria y entonces vi la cicatriz. No sé por qué me recordó a Irwing. Había visto demasiadas veces aquella cicatriz. Claro que podía haber cientos de parecidas, pero los policías tenemos un sexto sentido. Examiné mejor aquel cadáver y aunque irreconocible había ciertos rasgos que seguían recordándome a Irwing. Claro que en aquellos momentos estaba lejos de pensar que pudiera ser él. No sé por qué, pero llamé a Laura. No le dije nada del accidente. Me limité a saludarla y di como excusa que cualquier día iría por Los Ángeles. Le pregunté por su marido y me dijo que estaba en San Francisco lo cual aumentó mi inquietud...

—Sin embargo, yo no arrojé a aquel hombre a la vía —repuso Irwing.

—¿Cómo ocurrió?

—Yo quería saber todo y él no estaba demasiado dispuesto a colaborar. Empezó amenazándome y acabó mostrando miedo. Tuve que amenazarle de nuevo y así acabó cantando de plano.

»Efectivamente alguien le propuso suplantarme. Al principio, pensó que se trataba de una broma, pero cuando vio que la cosa iba en serio acabó aceptando. Naturalmente en el trato estaba incluida Laura. Ella no conoció más marido que al impostor... En fin, cuando ya lo había contado casi todo me pidió que le dejara marchar. Me juró y perjuró que no volvería a saber de él:

—Deme tiempo —me dijo—. Sólo una noche. Después haga lo que quiera.

»—Debo pensarlo. No es tan fácil —repliqué. En realidad me imaginaba el golpe que aquello supondría para Laura. Habría que prepararla convenientemente... Laura es... quiero decir que era bastante sensible...

»—Va a producirle un *shock* a Laura —dijo él—. Me he acostumbrado a ella. Es una buena chica.

»No pude contenerme y le golpeé con todas mis fuerzas.

»—Eres un maldito canalla —espeté—. Ahora mismo vendrás conmigo a la policía. Y repetirás delante de un amigo mío lo que me has contado.

»—¡No! —gritó.

»—Y desde el suelo, sacando fuerzas de flaqueza, se lanzó contra mí. Estaba furioso. Era cómo un boxeador *grogui* que pega a ciegas y es cuando más daño puede hacerte.

Sí. Forcejearon, intercambiaron golpes y pronto Irwing recuperó la iniciativa vapuleando al impostor.

Había oscurecido ya y el silencio del lugar quedaba roto por los jadeos.

Un tren pitó a lo lejos. La lucha proseguía. Irwing recibió un puntapié en el bajo vientre y cayó sobre, los raíles. Su antagonista atenazó una piedra de gran tamaño. Iba a arrojársele con fuerza. Irwing pudo rodar sobre sí mismo y esquivar la acometida, pero su enemigo resbaló y tropezó con una de las vías. Quizá fue el mismo impulso que llevaba lo que le hizo perder el equilibrio.

»—¡Cuidado! —gritó Irwing viendo que el tren se les echaba prácticamente encima.

Logró salir a tiempo. El tren estaba a escasos metros.

Intentó ayudar a su enemigo, pero éste, aterrado, empezó a gritar. Fue todo muy rápido, porque el golpe que le propinó la locomotora selló para siempre los labios del impostor. Su cuerpo salió rebotado contra un poste y volvió a la vía. Todo el convoy pasó por encima de su cuerpo, que debió chocar contra los ejes porque cuando el tren se hubo alejado sólo quedaron unos despojos apenas reconocibles.

Y concluyó Irwing:

—Su cartera había caído durante la lucha. La recogí. Allí estaba su documentación. Luego busqué sus objetos personales, el anillo, el reloj... Los guardé... Mi primer pensamiento fue ir a contártelo todo

a ti, Bill».

—Hubiera sido lo más sensato —repuso el policía.

—Sí, es posible, pero yo pensaba en Laura. Durante un año ella había vivido con un hombre que pensaba que era su marido y de repente llega otro exactamente igual y le dice que ha estado haciendo vida marital con un impostor... No. No me atreví. Es posible que hiciera mal, pero lo hice pensando en ella. Después había el asunto de la compañía. Habría sido una pésima publicidad. *Marketing* y relaciones públicas. ¿Qué confianza se puede tener en una empresa que tiene como presidente a un impostor? No... Por lo menos de momento, hasta que lograra centrar mis ideas decidí comportarme como si nada hubiera sucedido...

—Pero Laura se dio cuenta del cambio —adujo Corcoran.

—Lo supongo...

—Ella supo que no eras tú. Lo notó en seguida. Aguardó un día más para llamarme. Es posible que no lo hubiera hecho tan rápidamente si alguien en la oficina no hubiera hecho algún comentario al respecto. Fue Sheridan. Recuerdo que Laura me lo dijo...

Y el policía recordó la entrevista que los dos sostuvieron en San Francisco.

«—Es un asunto tan delicado, tan personal... No me hubiera atrevido... —dijo ella—. Pero Sheridan estuvo en casa. El tampoco se atrevió a hablar claro, pero pude entender que estaba preocupado porque mi marido parecía no estar al tanto de los asuntos. Se había olvidado en casa un par de informes que se trajo para estudiar. Recuerdo que me lo dijo. Claro que yo en otras circunstancias no hubiera hecho caso. Todo nos olvidamos de hacer cosas a veces, pero aquello aumentó mis sospechas. Le pedí más detalles y por lo que él iba contándome mi temor aumentaba... Por eso necesitaba contártelo, Bill.

»—Bien —repliqué—. Hay una forma de averiguarlo».

La forma era una comprobación de huellas. Sacamos las que «tú» habías dejado en un vaso el último día y las comparamos con las de libros y papeles del despacho privado que a su vez fueron cotejadas con las que aquella noche se sacaron del despacho de la compañía.

—No fue difícil llegar a la conclusión de que existían dos tipos de huellas, unas concordaban. Las otras, las más recientes,

pertenecían a «otra» persona... Pero esto no es una prueba concluyente. Cualquier picapleitos puede echarla abajo porque no especifica que el presunto impostor haya cometido el asesinato.

—No fue un asesinato —terció Irwing—. Fue un accidente... Ya lo he explicado.

Corcoran siguió sin hacer comentario al inciso de Irwing.

—Bueno, intenté ponerte a prueba en el depósito de cadáveres.

—Sí. Pero entonces no sospeché que me preparases Una trampa.

—Fingiste bien.

—No podía hacer otra cosa. Es posible que más adelante hubiera sentido la necesidad de contarle a alguien, insisto, de momento me importaba mucho más evitarle un trauma a Laura.

—¿Y qué hay del cómplice? ¿Tampoco pensabas delatarle? —preguntó el policía—. ¿Quién es según tú?

Irwing se volvió hacia Bennet que estaba visiblemente tenso.

—Sólo puede ser una persona.

—¿Por qué me miras a mí? —inquirió Bennet—. No irás a decir que...

—El impostor citó tu nombre.

—¡No es verdad! ¡Es falso! Yo no...

—No he dicho que yo me lo creyese, Bennet.

—¡Yo jamás pude imaginar nada parecido! —confesó Bennet.

Sin embargo, estás aquí. Y todavía no me has dicho el motivo de tu presencia en Shermont.

—Yo... ¡Cielos! No hubo tiempo de nada. En cuanto conseguí localizarte me contaste lo del asesinato de tu esposa.

—Es verdad. En cambio ahora sí hay tiempo. ¿Verdad, Corcoran? Tú quieres saber la verdad... Por cierto, viste mi cicatriz. ¿No es una prueba?

—Una cicatriz pueda fingirse perfectamente. Un buen médico consigue maravillas.

—Eso es lo que hizo el «otro». Se cuidaron todos los detalles...

—¡Calma! —ordenó Corcoran que quería seguir el hilo sin desviarse—. Que siga hablando el señor Bennet. Le has preguntado el motivo de su viaje hasta aquí.

Bennet se apresuró a aclarar:

—Hay cosas que no marchan bien en la compañía... Esta mañana tuve una discusión con Jud Logan. No parece muy

dispuesto a consultar las cosas contigo. Hace y deshace como si él fuera realmente el dueño. Y sé qué últimamente ha estado buscando en tu despacho... Bueno... No es que quiera acusarle de nada, pero pensé que tú debías...

—Jud Legan —repitió Irwing interrumpiendo a Bennet.

—¿Crees que él...? —Bennet insinuó la posibilidad, pero Corcoran se impuso nuevamente.

—¡No tan de prisa! Yo todavía no he dicho que me crea esa historia. Tenemos todavía mucho de qué hablar. En San Francisco...

Pero aquí fue el *sheriff* de Shermont quien atajó rápidamente:

—¡Un momento! Se ha cometido un crimen en mi demarcación y para mí ese hombre —y señaló a Irwing— sigue siendo el sospechoso número uno. Lo demás no me importa.

Lo que quiero es detener al asesino.

—¿Puedo decir algo? —intervino Irwing.

El silencio de los otros le indicó que podía hablar.

—Hay una persona que pueda darme la razón o quitármela. —Y ante la muda interrogación de los dos policías, Irwing añadió—: El cómplice de mi doble. Existe un modo de hacerle hablar.

—Pero, tú, ¿sabes quién es? —inquirió Bennet.

—Creo que sí —replicó Irwing de forma enigmática.

—¿No seguirás pensando en mí? —protestó Bennet—. Aunque tu doble mencionara mi nombre, yo no...

—Ten calma, Bennet. Comprenderás que no puedo ser muy explícito. Tengo motivos para desconfiar de todo el mundo —concluyó Irwing.

CAPÍTULO XVI

—Considérate en libertad vigilada. No intentes escapar porque sería inútil. No burles la vigilancia de mis hombres...

—Bill, por favor... Yo confié en ti una vez. ¿Recuerdas? Fue antes de un partido importante. Nos jugábamos mucho y nos prohibieron salir aquella noche. Tú tenías una cita... Te estoy hablando de la Universidad.

—¿Cómo puedes saber esto...?

—¿Todavía desconfías de mí? Aquella noche hubo una pelea... Y acusaron a alguien de nuestro grupo. Dije que había sido yo. A mí no me prohibirían jugar porque les hacía falta, a ti, en cambio, te hubieran sacado del equipo, y tú no lo deseabas... Creo que esto jamás se supo, Corcoran...

Corcoran se quedó mirando a Irwing con ojos atónitas.

—Irwing Kelly —murmuró.

—¿Lo dudas?

—Todo esto es tan confuso...

—Bill. Prometo no escapar. Quiero descubrir quién empezó esto. Y quién mató a mi mujer. Y sólo yo lo conseguiré.

Estaban en el coche. Lee y Bennet en la calle junto con los ayudantes del *sheriff* aguardaban instrucciones.

—Haz lo que creas conveniente. Pero los hombres del *sheriff* no dejarán que andes solo.

—Necesito las manos libres y un lugar donde no puedan encontrarme fácilmente... —Sacó la cabeza de la ventanilla e hizo un ademán a Lee.

—Lee —dijo—. ¿Me dejas que me aloje en tu hotel?

—¡Y me lo preguntas! ¡Oh, Irwing! Yo nunca he tenido dudas. Ya sabes...

—Bueno, bueno —cortó el policía—. Hecho. Trataré de convencer al *sheriff*. Coge el coche. Que Lee suba contigo.

—No, Bill. Tenemos que hacerlo por separado. Nadie debe verme subir a la habitación del hotel con Lee. Nadie debe saber dónde me alojo. Sólo tú lo sabes. Corcoran asintió.

La pequeñez de Shermont no era óbice para que la población dispusiera de su pequeña emisora local que aquella misma noche difundió la noticia del asesinato ocurrido en la persona de Laura Kelly.

Un crimen en la localidad era todo un notición que no podía silenciarse.

Carol, la encargada de la oficina de Irwing en Shermont, escuchó la noticia y acudió al puesto del *sheriff* acompañada de su prometido, el doctor Welles.

—Según las noticias, dicen que se sospecha del señor Kelly —dijo Welles—. Es lógico que ella esté preocupada. Es la responsable de la agencia. ¿Qué hay de cierto en lo que se dice?

Lo siento —respondió el representante de la ley—. No puedo darles ninguna información—. Y al ver aparecer a Corcoran añadió —: ¿Por qué no se lo pregunta al capitán? Es de la policía de San Francisco, pero tiene un gran interés en este asunto. Quizá él tenga algo que decirles.

El *sheriff* indicó a Corcoran quién era la pareja, y sólo por pura rutina el capitán preguntó:

—¿Cuánto hace que conoce al señor Kelly?

—Bueno... Hará algo más de un año —explicó ella.

—¿Fue él quien la colocó en la agencia?

—Sí, claro.

—¿El, personalmente?

—Bueno, no. Fue el señor Logan. Jud Logan.

—¿Y veía con frecuencia al señor Kelly? —Siguió el policía.

—Ha venido dos o tres veces.

—¿Tan sólo dos o tres veces? No es mucho para fijarse bien en el carácter de una persona —comentó Corcoran.

—El señor Kelly siempre me pareció una persona muy correcta y comprensiva. Tenía una forma muy correcta de pedir las cosas. Nunca se alteraba.

—¿Por qué habla en pasado?

—¡Oh! No sé... Bueno, quizá es por... lo ocurrido.

Corcoran prosiguió con sus preguntas sin prestar demasiada atención al comentario de la joven.

—¿Notó íntimamente alguna diferencia en el señor Kelly? Me refiero a si advirtió algún cambio en él. Algún detalle que llamara su atención.

La joven dudó y su prometido acudió en su ayuda.

—Según parece el señor Kelly últimamente no se encontraba muy bien. Preciso los servicios de un colega, el doctor Wallace.

—Eso ya lo sabemos —atajo Corcoran—. No me refería a su estado de salud.

—Sufrió un desvanecimiento según me dijo —terció la muchacha—. Parecía algo...

¿Cómo le diría yo?

—¿Desorientado? —le preguntó el policía.

—Sí. Ésa podría ser la palabra exacta. Desorientado —corroboró Carol.

—¿Lo comentó con alguien? Quiero decir...

—Le entiendo perfectamente, capitán —atajó Carol—. No... había nada que comentar. Bueno. Hablé de ello con el doctor Welles. Verá usted, el señor Kelly no recordaba el nombre del médico que le había atendido. Luego los dos hablamos brevemente del asunto.

—La verdad es que no le dimos importancia —dijo el médico—. ¿Tiene esto algo que ver con el asesinato de la esposa del señor Kelly?

—Bastante. Bien, no tengo nada más que preguntarles...

La pareja parecía bastante desconcertada, por eso Welles preguntó:

—¿Le han detenido?

—No tenemos pruebas contra él.

—Así que... está libre —comentó Carol.

—De momento, sí —afirmó el capitán.

—Quizá mañana aparezca por la oficina —dijo el doctor—. Esperemos que no se trate de un individuo peligroso...

—No hay pruebas de que Irwing Kelly sea un asesino.

—Si estuvieran equivocados —insistió Welles.

—Estén tranquilos. Conozco a Irwing Kelly personalmente. Por eso estoy aquí —afirmó Corcoran.

En la habitación de Lee, en el Nevada Hotel, Irwing llamaba por enésima vez sin resultado.

—No contestan. Esta espera me fastidia.

—¿A quién llamas? —pregunto Les que salió del baño luciendo un transparente y exiguo camisón—. Anda, deja eso y descansa. Has tenido un día agitado... ¿Quieres que te dé un poco de masaje...?

—¡Oh, Lee! Te estoy agradecido por tu hospitalidad, pero hazte cargo... Han asesinado a mi mujer y...

—Lo comprendo, cielo. Yo sólo pretendía serte útil.

No vayas a creer que... Claro que en realidad tú nada estuviste con tu mujer... Me refiero a que no estuviste como marido... Que no...

—Basta, Lee. Te lo ruego. Por favor.

—¡Siempre meto la pata! —Se autocensuró la muchacha.

Irwing volvió a llamar. Esta vez a un número distinto. Carol tomó el teléfono al otro extremo del hilo.

—¿Carol? Soy Irwing Kelly.

—¡Oh, señor Kelly! Buenas noches...

—Señorita Carol, estoy intentando localizar a Jud Logan. A estas horas no está en la oficina y tampoco en su casa. ¿Por casualidad tiene usted algún otro teléfono donde pueda llamarle?

—No, señor Kelly. No puedo ayudarle.

—Oiga, Carol... cuando yo estoy ausente, usted tiene que entenderse con Jud Logan si se presenta algún asunto que no puede resolver. ¿Verdad?

—Sí... Pero le llamó a la central de Los Ángeles... De todos modos si usted lo desea puedo ir a la oficina, quizá allí encuentre algo.

—¿Sería mucha molestia?

—Por supuesto que no —replicó ella—. ¿Dónde puedo llamarle?

Irwing vaciló un momento y decidió:

—En ningún sitio. Iré personalmente. Lo que ocurre es que no tengo la llave.

—No importa —replicó Carol—. Yo tengo una.

—Entonces nos encontraremos en la oficina, dentro de... diez minutos. ¿Le va bien?

La muchacha asintió y ambos colgaron.

—¿Vas a salir? —pregunto Lee.

—Sólo un momento.

—¿Sospechas de ese Jud Logan?

Sí, Lee. Sé que mi doble mintió. Pensaba escapar y me dio el nombre de Bennet, pero yo sé que no puede ser Bennet. Quien metió al intruso en mi lugar debía tener un cargo más alto y más próximo a dirección. En estos pocos días que llevo cerca de mi compañía he comprobado que Jud Logan lo lleva casi todo y fue el primero que mostró cierto recelo, sin duda hice algo que no estaba de acuerdo con la costumbre. Un intruso, a solas con Logan, debía comportarse como un subordinado y yo no lo hice... Sí, tiene que ser él.

—¿Y piensas que Logan mató a tu mujer?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Quizá para que si ella llegara a sospechar no pudiera contarle a nadie... pero llegó tarde. Laura lo descubrió antes que nadie. Es lógico. Dos hombres distintos no se comportan del mismo modo en la intimidad. Por mi aspecto y mi voz podía engañar a todo el mundo, pero no con mi comportamiento íntimo. Aquí reside mi único fallo.

Y tras una pausa añadió:

—Puede que Logan sepa o sospeche que la policía está investigando.

—Pero le hubiera resultado más provechoso matarte a ti.

—Puede que pensara hacerlo... ¡Qué sé yo! Es posible que tratara de eliminarnos a Laura y a mí, o quizá sólo a mí y al disparar precipitadamente se confundió. Esto sólo se sabrá cuando consiga hacerle hablar.

—Si mató a tu mujer tuvo que venir aquí —dijo Lee como si aquel razonamiento le hubiera costado un tremendo esfuerzo.

—Sí, querida Lee, sí... Y puede que esté escondido... Por eso he llamado a Carol. Si está aquí pudo haber ido a la oficina, pero la chica no ha dicho nada. No sé qué pensar, a lo mejor tiene un escondrijo en Shermont. Si Carol encuentra algún número de teléfono de Logan saldremos de dudas...

Irwing salió del hotel, utilizando la escalera y salida de servicio procurando que nadie le viera.

A la hora convenida estaba ya en la oficina. Carol se le había

anticipado en un par de minutos. Los justos para tener a punto lo que Irwing había ido a buscar.

—Aquí están todos los teléfonos de la compañía. Guárdelos usted, tenemos más copias. ¡Ah! Creo que hay uno del señor Logan, pero no es de Los Ángeles. Es de aquí. Curioso, ¿verdad?

—¿Logan tiene una residencia en Shermont?

—Yo no lo sabía. Cuando me hice cargo de esto me entregaron los números. Sólo conozco los que tengo que utilizar. ¿Necesita algo más, señor Kelly?

—No, nada. Gracias, señorita Carol.

—¿Quiere que le lleve a algún sitio?

—No. Iré andando.

—¿Dónde se aloja usted?

—Estoy provisionalmente... La supongo enterada de...

—¡Oh, sí! Estuve hablando con el *sheriff*... Bueno, siento mucho lo ocurrido, y me alegra que le hayan dejado libre. Debe ser horrible que sospechen de uno.

—Sobre todo cuando la víctima es la propia esposa. Adiós, Carol.

Me quedará un momento. Puesto que estoy aquí arreglaré unas cosas que dejó para mañana.

—Es muy tarde.

—No importa. No tengo nada que hacer en casa —sonrió ella y añadió—: No piense que estoy tratando de hacer mérito para que me aumente el sueldo. Este trabajo lo hago muy a gusto.

—Lo celebro. Hasta pronto, Carol. —Irwing salió. Cruzó la calle y en el mismo instante un coche surgió de un oscuro callejón lanzado a gran velocidad.

El objetivo del conductor parecía muy concreto: Atropellar a Irwing. Y a la endiablada velocidad que iba, el accidente podía ser mortal.

Irwing se quedó momentáneamente deslumbrado por los faros, pero aun así consiguió saltar a tiempo, mientras el automóvil casi rozó su cuerpo. Irwing comprendió que había sido víctima de un atentado.

CAPÍTULO XVII

Carol había insistido en acompañarle.

—Por lo menos se ha llevado usted un buen susto. ¿Tiene alguna herida?

—Sólo el golpe. No es nada. Pero ha valido la pena...

—¿Usted cree?

—Sí. Ahora ya sé que la persona que busco está aquí. Escuche, voy a pedirle un favor... es posible que entre hoy y mañana tenga noticias del señor Jud Logan. Si es así, dígame que mañana a las 12 del mediodía estaré en Shark Llano.

—¿Se refiere usted al cementerio? —preguntó Carol.

—Sí. Allí mismo. Yo la llamaré a usted una hora antes para saber si Logan la ha llamado o no. ¿De acuerdo?

Ella asintió e Irwing emprendió el camino de regreso hasta el hotel.

Lo que no advirtió es que alguien le siguió. Fue un coche que pasó de largo, pero que dando un rodeo surgió de otra esquina y luego desapareció de nuevo, pero colocándose siempre donde su conductor podía seguir los pasos de Irwing.

Aquella noche no volvió a ocurrir nada importante, pero Irwing apenas durmió, tenía demasiadas cosas: en que pensar.

Lee hizo subir un desayuno abundante y mientras lo servía preguntó:

—¿Y si te equivocas de hombre?

—Seguiré buscando hasta encontrarle...

—Anoche dijiste que intentaron atropellarte, ¿no?

—Sí.

—Eso quiere decir que te siguen los pasos —razonó Lee.

—Nadie, excepto Corcoran, sabe dónde estoy.

—Entonces... ¿Cómo te explicas que quisieran atropellarte delante de tu agencia? Tuvieron que seguirte.

—Ya he pensado en ello.

—Entonces...

—Puede haber otra explicación. ¿No crees?

—Bueno... yo soy muy torpe para las adivinanzas. Me gustan las novelas policíacas, pero nunca logro adivinar quién es el criminal.

—Anoche —repuso Irwing gravemente— solo tres personas sabíamos que yo me encontraba en la agencia. Carol, yo... y tú...

Lee agrandó los ojos de forma inverosímil.

—¡Irwing! No me digas que sospechas de mí.

Irwing acabó riendo sin ganas.

—No encanto. De ti sería la última persona de la que yo podría sospechar.

Se preparó para salir y ella preguntó:

—¿Dónde vas ahora? No vuelvas a salir solo sin protección.

—Tengo que hacerlo. Yo no te diré dónde.

—¡Es verdad que desconfías de mí!

—No, Lee... Es simplemente precaución. —Y avanzó hasta el teléfono para marcar el número de su oficina. Carol le contestó lo que Irwing imaginaba:

—Tenía usted razón, señor Kelly. Jud Logan ha llamado, quería hablar con usted. Le he dado el recado que usted quería. Le espera al mediodía en Shark Llano.

—Gracias, Carol. Ahora mismo iré para allá. —Y saludó con la mano a Lee a guisa de despedida.

El coche de Bennet fue su medio de locomoción. Bennet se lo había prestado la noche anterior mostrando así sus deseos de querer colaborar, y ahora Irwing pisaba a fondo en dirección al cementerio de Shermont.

A las doce en punto del mediodía, Irwing llevaba ya algún tiempo esperando entre las tumbas, cambiando de posición, poniéndose a cubierto de posibles emboscadas, con los reflejos bien dispuestos y procurando relajar sus nervios.

Jud Logan no apareció, pero sí uno de los guardas de día, que se aproximó a él y a cierta distancia preguntó:

—¿Se llama usted Irwing Kelly?

Irwing, se acercó al hombre y al afirmar que ése era su nombre el guardián le indicó:

—Tiene una llamada telefónica. Sígame hasta la casa y podrá

hablar si le interesa.

Cuando poco después Irwing tomó el auricular, pudo escuchar una voz desconocida que le advertía:

—Señor Kelly, no le conviene llevar adelante este asunto. Una persona a la que usted aprecia pagaría las consecuencias. No bromeo.

—¿Quién es usted? —inquirió Irwing.

—Eso no importa. Aguarde un instante. Oirá la voz de esa persona...

—¡Oiga, oiga! —gritó Irwing.

Casi al instante llegó hasta él la femenina voz de Lee.

—¡Irwing! Me han dicho que me necesitabas. Me han sacado del hotel y... —La conversación se interrumpió bruscamente, mientras alguien parecía estar dando instrucciones concretas a la muchacha.

—¡Lee! ¡Lee! —exclamó Irwing.

Luego la voz de ella sonó de nuevo:

—Irwing. No sé lo que ocurre. Me tienen prisionera. Dicen que si no vienes a buscarme me matarán. Esto no me gusta nada, Irwing.

—¿Dónde estás? ¿Conoces a esa gente?

—No les he visto en mi vida y no sé dónde estoy. Me sacaron a las afueras de la población y luego me vendaron los ojos. He estado dentro del coche no sé cuánto tiempo. Seguramente han querido despistarme. Ahora estoy en una habitación con un tipo que me amenaza con un revólver. No sé quién es. Yo no conozco a nadie aquí.

Fue todo lo que le dejaron decir a Lee, porque alguien le arrebató el teléfono para hablar con Irwing.

—Ya lo ha oído. Tiene veinte minutos para evitar que a la chica le ocurra nada malo. No piense en avisar al *sheriff*. Si habla de esto con alguien su amiga morirá.

—¿Dónde la tienen?

—No se precipite, Kelly. Recuerde bien esto. Nada de tonterías. Si tenemos que perder, usted también perderá, y la primera, recuérdelo bien, la primera que pagará será Lee. Y su comunicante utilizaba una voz tranquila, persuasiva, pero singularmente amenazante. —¿Lo ha entendido, Kelly? Queremos verle llegar solo. Absolutamente solo.

—Lo he entendido. Ahora dígame dónde tienen a Lee.

—Diríjase hacia el desierto, lo más rápidamente que pueda. Ya nos encontrará.

—Pero Lee...

—No se preocupe por ella. Si usted acude puntual, Lee estará sana y salva. —Y el comunicante colgó.

CAPÍTULO XVIII

Ya estaba Irwing en el automóvil por la solitaria carretera pisando a fondo.

Había comprendido que aquella gente no bromeaba. Matarían a Lee si él pedía ayuda y la muchacha moriría sin más culpa que la de ser una buena amiga suya.

Por otra parte comprendía el riesgo que estaba corriendo. Solo, en medio del desierto y con gente dispuesta a todo. Querrían eliminarle. Esto estaba claro. Querían quitarle de en medio para que jamás se descubriera al culpable. Nunca habrían pruebas suficientes para condenar a nadie.

A Lee también la matarían. Lo harían para que no pudiera dar ninguna pista de sus secuestradores.

Aun así, Irwing tenía que ir para tratar de intentar algo a la desesperada.

Por no tener con qué defenderse ni siquiera disponía de un arma, pero seguía pisando a fondo.

El desierto estaba ya ante él. No aparecía ni un ser viviente.

Llevaba ya un cuarto de hora al volante cuando vio aparecer el helicóptero. Miró hacia arriba y aunque el aparato volaba muy bajo no llegó a descubrir a sus ocupantes.

Más allá el helicóptero tomó tierra a unos diez metros de la cuneta. En seguida saltó un hombre y corrió hacia la carretera haciendo señales a Irwing para que se detuviera.

Irwing fue frenando hasta situarse cerca del hombre que le indicó que avanzara hasta donde estaba el aparato.

No hubo intercambio de palabras, el hombre tenía una mane a la altura del rostro y al principio no lo reconoció. Fue al pasar junto a él a marcha lenta.

—Doctor Welles...

—¡Vamos, siga adelante!

«¡Welles, el prometido de Carol!» —se repitió mentalmente mientras conducía.

Frenó bruscamente para no precipitarse al interior de una zanja abierta en la arena. El agujero era tan grande que cabía perfectamente el coche.

Irwing salió y se volvió hacia el médico que había avanzado hacia él y se encontraba a su espalda, en el mismo instante en que el helicóptero fue arrojada Lee. Iba maniatada y amordazada. Cayó sobre la arena a escasos centímetros de la zanja.

Tras la muchacha apareció el cañón de un revólver que la empuñaba, y una voz que Irwing pudo identificar en seguida.

—Lo siento, Irwing. Para mí estabas muerto desde hacía mucho tiempo. Ahora ya no hay sitio para ti.

—Lo sabía, Jud. Sabía que eras tú, sólo me faltaba confirmarlo.

Jud Logan estaba ante él, empuñando el arma, encañonándole. Detrás Welles, sin armas. No hacían, falta, Jud dominaba perfectamente la situación.

—Ignoraba que Welles estuviera metido en esto.

—Necesitaba un médico de confianza para que a tu doble lo arreglaran convenientemente. La cicatriz, algunos detalles de la voz y algunos retoques en el rostro... Welles entiende de esto...

—Claro... Y Carol también está metida... Ayer intentaste atropellarme delante de la agencia, sólo ella sabía que yo iría allí... Pero no le dije donde me hallaba.

—No fue difícil seguirte —sonrió Jud.

—¿Y por qué habéis mezclado a Lee? —inquirió Irwing.

—Necesitábamos atraerte al lugar que nos conviniese, Irwing. Falló lo de ayer y en el cementerio hay un guardián. Aquí, en cambio, no hay nadie. Dentro de poco, esa arena que ves ahí cubrirá el coche y dentro habrá dos ocupantes, tú y ella —señaló a Lee—. Luego el helicóptero realizará un par de pasadas para que la arena no se vea removida. Todo quedará Uso y Llano como corresponde a esta parte del desierto. En fin, Irwing... Hiciste mal en volver. Se te daba por muerto, te empeñaste en resucitar, olvidando que sólo se vive una vez...

Amartilló el arma. Ya sólo faltaba apretar el gatillo.

—¡Déjala libre a ella! No dirá nada. Se irá lejos. ¿Verdad, Lee?

Maniatada y amordazada ella asintió vigorosamente con la

cabeza. Estaba aterrada y no lo disimulaba en absoluto.

—¿Crees que soy tan ingenuo? —sonrió Jud con la seguridad que da tener todas las bazas a su favor.

El momento no podía ser más desesperado. Irwing trató de ganar unos segundos al fin que ya parecía inevitable.

—¡Espera! Desátala, quítale la mordaza... Por favor. Deseo hablar con ella. Es sólo un momento, Jud... Tienes todos los triunfos en la mano y lo sabes.

Welles avanzó despacio hacia la muchacha, al tiempo que murmuraba:

—De todos modos pensábamos hacerlo. ¿Verdad, señor Logan? Les dejaremos que hablen.

—No vamos a pasar aquí el resto del día.

—Sólo un minuto —insistió Irwing y avanzó hacia Jud, que con el revólver le previno.

—¡Nada de tonterías!

—¿Qué quieres que haga? Yo no tengo armas... —Y dio unos pasos hacia adelante.

Welles se había inclinado sobre la muchacha y le aflojó la mordaza. Cuando iba a quitarle las ligaduras que la maniataban, Lee se inclinó hacia delante y clavó los dientes en la cara del doctor que soltó un grito:

—¡Ah!

Jud se revolvió rápido, instante en que Irwing, jugándoselo todo a la única carta, se lanzó contra él.

Su enemigo se revolvió demasiado tarde para impedir que con la embestida Irwing pudiera desviarle el brazo armado.

Ambos cayeron al suelo y lucharon por la posesión del revólver, mientras Lee, utilizando los pies, había golpeado el bajo vientre de Welles.

Irwing había conseguido desarmar a Jud Logan y le golpeó un par de veces haciéndole besar la arena. No obstante Logan intentó alcanzar nuevamente el arma y se ganó una patada en el brazo.

Irwing dominaba plenamente la situación y tras dejar definitivamente fuera de combate a Jud fue hacia el revólver para conminar al maltrecho Welles a que cesara su lucha con la muchacha.

El zumbido de un helicóptero anunció la llegada de alguien que

se dirigía precisamente hacia aquel lugar.

Era el *sheriff*, un par de agentes y el capitán Corcoran.

Fue este último quien al saltar dijo:

—Nos avisó el guardia del cementerio. Dijo que te dirigías hacia el sur. Temí no llegar a tiempo.

Después de terminar de desatar a Lee, Irwing murmuró:

—Ahí los tienes. Tienen una historia que contarte. Luego ocúpese de Carol, *sheriff*. Ella también... ¡Lástima! Pensé que era una buena muchacha. Tendré que hacer una buena limpieza en la compañía... Vamos, Lee. Siento estos momentos de angustia que has pasado por mi culpa.

Entraron en el coche. Corcoran aconsejó:

—Irwing... Tómate unos días de descanso. ¿Eh?

—Ya he descansado bastante. Además, supongo que tendrás un montón de cosas que preguntarme. ¿No? Yo también quiero preguntarte algo.

—Adelante.

—Esa tumba del cementerio. El panteón con mi nombre... ¿Quién está enterrado ahí? ¿Mi doble?

—No, Irwing. Te hubiésemos enterrado allí de haber sido «tú»... Sólo le pusimos tu nombre de momento para que lo vieras y ver tu reacción. Lo siento. La verdad es que «al otro» yo no lo vi nunca, sólo muerto y desfigurado... De veras, Irwing. Lo siento.

Irwing se alejaba con el auto llevando a Lee con él.

—¿Por qué no te tomas ese descanso que te ha aconsejado tu amigo?

—Tengo mucho que hacer, Lee. Es como empezar de nuevo.

—Te comprendo. Si puedo ayudarte en algo...

El no contestó. La miró un momento en silencio y sonrió agradecido...

—Nos veremos más a menudo —sonrió ella—. Bueno... Si tú quieres. Irwing Kelly asintió.

El desierto quedaba atrás. Por los aires cruzaron los dos helicópteros.

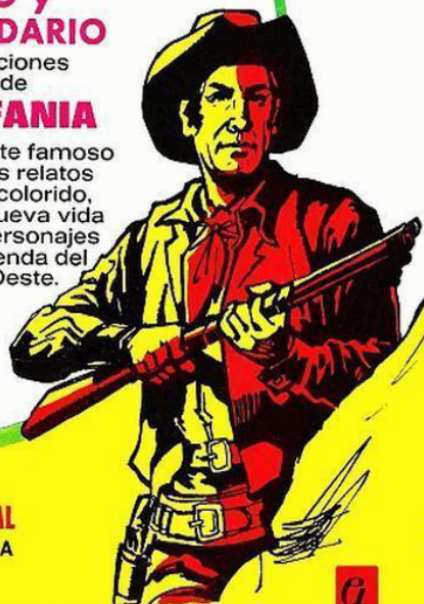
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

